



JUVENTUD

YALAS

SUMARIO

FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE, *Acuerdo sobre la Emigración Española*. — R. MEZA FUENTES, *El Castel de Hoy*. — RAMÓN PÉREZ DE AYALA, *Apostillas*. — LA PLUMA, *La Condena de Unamuno*. — MIGUEL DE UNAMUNO, *Ante el Diluvio*. *Cambio de Rumbo*. *A la Federación Universitaria Argentina*. *Diario de un azulado*. — ERNESTO A. GUZMÁN, *La poesía de Unamuno*. — MIGUEL DE UNAMUNO, *Poesías: La huella de sangre de fuego. Salmo I. Mi niño. Vizcaya*. — ANTONIO MACHADO, *A don Miguel de Unamuno*. — EUGENIO D'ORS, *Noticias de la República de las Letras*. — EMILIO ORIBE, *Miguel de Unamuno*. — MIGUEL DE UNAMUNO, *Párrafos de una carta*. — EL CABALLERO AUDAZ, *Unamuno*. — R. CANSINOS ASSENS, *Don Miguel de Unamuno*. — ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO, *Fragments de un estudio*. — MIGUEL DE UNAMUNO, *El Sepulcro de don Quijote. Algo sobre la Crítica*. — JUVENTUD. *Notas y Comentarios*.

1921

FEDERACIÓN DE ESTUDIANTES DE CHILE

SANTIAGO



J U V E N T U D

REVISTA MENSUAL DE LA FEDERACIÓN
DE ESTUDIANTES DE CHILE

SEGUNDA ÉPOCA, POSTERIOR AL SAQUEO Y DESTRUCCIÓN TOTAL
DE SUS OFICINAS DE REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ACAECIDO EN SANTIAGO DE CHILE, AHUMADA 73, EL 21 DE JULIO
DE 1920, A LA 1.30 P. M.

AGUSTINAS 632 — SANTIAGO — CASILLA 2771

Lea Ud. en:

NÚMERO 10. — Detalles completos de la muerte de *Gomez Rojas*. Autógrafos. Poemas escritos en la prisión. (Tercera edición agotada)

NÚMEROS 11-12. — Un capítulo de historia contemporánea. Cuando imperaba el *Terror Blanco* en Chile. Fotografías y Documentos.

NÚMERO 13. — Resumen y Documentación. Discursos Parlamentarios y artículos de prensa sobre los acontecimientos políticos y sociales de la ÉPOCA DEL TERROR BLANCO y las primeras manifestaciones del NUEVO REGIMEN.

S U S C R I P C I O N E S

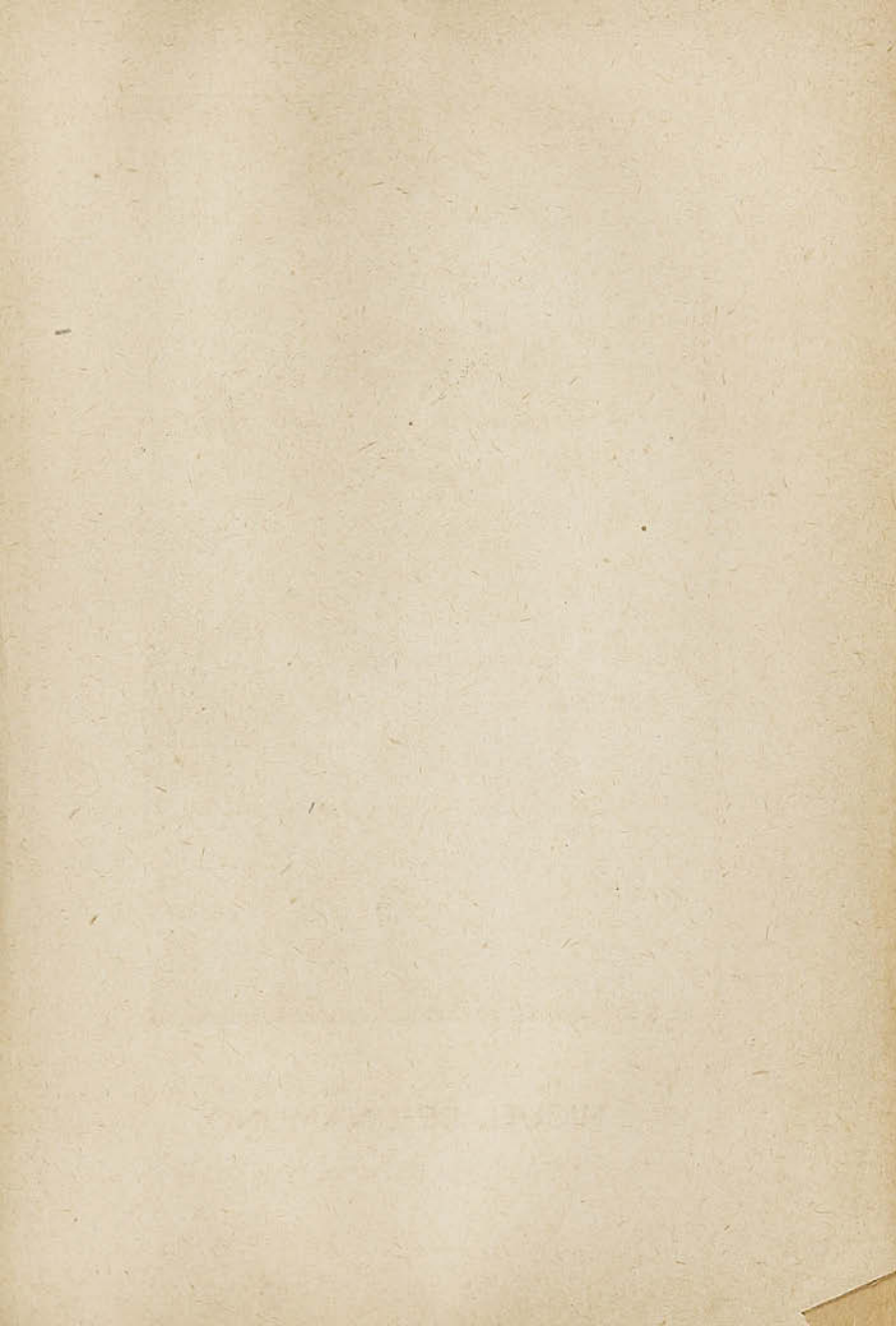
EN EL PAIS

12 Números 10 pesos
6 " 6 "

EN EL EXTERIOR

12 Números 15 pesos
6 " 8 "

Precio del ejemplar 1 peso
Número extraordinario 2 pesos





MIGUEL DE UNAMUNO



Acuerdo de la Federación de Estudiantes de Chile con motivo de la Embajada Española

En la sesión extraordinaria que celebró esta institución y pronunciándose sobre la invitación que se le ha hecho, a fin de que concurra al desfile popular que el 27 de este mes se hará en honor de la Embajada Española, se tomaron por aclamación los siguientes acuerdos:

1.º No concurrir a dicho desfile por figurar en el programa oficial de las fiestas de un Gobierno causante de la prisión de estudiantes y obreros, de los asesinatos de Magallanes y de los asaltos y de los saqueos de organizaciones e imprentas obreras y estudiantiles.

2.º Hacer ese mismo día y a la misma hora un mitin en honor del ilustre catedrático español don Miguel de Unamuno, condenado recientemente por los tribu.

nales españoles, a 16 años de presidio por sus artículos en contra de la monarquía; y

3.º Invitar a la Federación Obrera de Magallanes a que haga pública su protesta por los asesinatos y saqueos de Punta Arenas, el día de la llegada de las embajadas extranjeras.

Por último se acordó dirigirse telegráficamente a la junta provincial de la Federación Obrera de Chile en Concepción, a fin de inquirir el origen y las proyecciones de los últimos sucesos de Lota y manifestarle desde luego su solidaridad.

(Noticia publicada en los diarios de Santiago el 17 de Noviembre de 1920.)



El Cartel de Hoy

Ahora que las manos del gobierno que fusiló a Ferrer y condenó a Unamuno se juntan en el estiramiento anacrónico del protocolo con las del gobierno que asesinó a Gómez Rojas y tiene pudriéndose a nuestros hermanos en la cárcel mientras sus familias se mueren de hambre, queremos dar nuestro saludo cordial y fraternal al generoso pueblo español que, como todos los pueblos de la tierra, sufre la explotación de los poderosos.

El pueblo chileno, ausente en cuerpo y alma a esta fiesta de los gobiernos, acompaña en su dolor y en sus ideales generosos al pueblo español, ausente también en cuerpo y alma a esta embajada protocolar y fastuosa que es una burla a la miseria de los pueblos cuya representación pregonan sin tenerla.

Somos amigos y admiradores de España, nuestro espíritu se ha nutrido en sus escritores, miramos hacia ella como el niño hacia la madre cariñosa, pródiga en enseñanzas de Verdad. Nuestras pupilas y nuestro corazón están atentos a la visión y al ritmo de la España de Ramón y Cajal, Zuloaga, Unamuno, Pio Baroja, Marquina, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors y tantos maestros de verdad y belleza, pero no

podemos mirar sino con un distanciamiento profundo la España de los Alfonsos como miramos como un lejano y extraño país de leyenda el Chile de los Sanfuentes y camarillas oligárquicas que sólo han vivido torciendo la voluntad del pueblo que no les ha elegido y agobiándolo con el peso de sus arbitrariedades y sus crímenes. Somos chilenos, amamos nuestra patria en su mar, sus montañas, en su pueblo oprimido, y procuramos enaltecerlo libertándolo de todos los yugos, tratando que sea nuestra patria donde florezca más plenamente la justicia social, anhelando que sea Chile un nido de hermanos y no un latifundio repartido entre el capricho de cuatro señores feudales. . . . El mismo dolor nuestro y el mismo distanciamiento del gobierno actual sienten el pueblo español. Somos hermanos a través de los mares en la patria ideal que formamos en todo el mundo los que luchamos y sufrimos azotados por el látigo de la tiranía. El día que la farsa de los gobiernos destina a lucir sus oropeles, que quién sabe cuántas lágrimas han costado, sea para nosotros un día de comunión con nuestros hermanos españoles.

R. MEZA FUENTES.

(De *Claridad*, periódico de la Federación de Estudiantes de Chile, 27 de Noviembre de 1920.)



APOSTILLAS

De monarquía.—España, presidio suelto.—La condena de Unamuno.

Ante todo, el ilustre doctor Simarro y cuantos emprendan una acción pública con ocasión de la condena de D. Miguel de Unamuno cuenten con mi adhesión y proselitismo incondicionales. Y ahora, permítaseme unas breves apostillas—breves en proporción de lo que habría que decir,—al márgen de este hecho sintomático de la vida española.

Tengo a D. Miguel de Unamuno por el primer español, en el orden del pensamiento. El deber esencial de todo hombre para con su patria y para con la humanidad es cumplir lo mejor que se le alcance en la profesión libremente elegida. Si la profesión no ha sido elegida libremente el «sabotage» es lícito. El deber de D. Miguel de Unamuno es pensar, y pensar en voz alta. Se le condena por haber cumplido intachablemente con su deber.

Derecho a la libertad de pensar... Este es un hecho inviolable que poseen hasta los esclavos. Más que el derecho es importante la obligación de pensar y de extraer el pensamiento desde los limbos penumbrosos del fuero interior— adonde lo acogen y encubren los

medrosos esclavos del pensamiento —hasta la publicidad de los labios. Libertad de pensamiento, obligación inexcusable de hombre libre, consiste en libertarse del propio pensamiento, convirtiéndolo en realidad externa. D. Miguel de Unamuno ha sido condenado por haber cumplido con su obligación.

Y se le ha condenado a pretexto de un delito que no puede existir, aunque perdure definido en la letra muerta de algún código: el delito de lesa magestad. Si D. Miguel de Unamuno hubiera incurrido en el delito de lesa Magestad Divina, negando, por ejemplo, la existencia de Dios, a buen seguro que no le hubieran molestado los tribunales de justicia. Curiosa paradoja. No se puede decir lo que se piensa acerca de la persona del monarca, pero se puede decir todo lo que se quiera de las tres personas de la Santísima Trinidad, no obstante que la potestad real nace históricamente como soberanía de derecho divino. Y es lo cierto que en negándole ese origen desaparece automáticamente como tal soberanía; pues si el monarca es monarca por la voluntad soberana de los ciudadanos, éstos tienen el deber de pensar libremente acerca de la persona del monarca; y no puede existir el delito de lesa magestad.

Así como en la actualidad se está operando en el mundo una amalgama lógica, en período de ebullición todavía, entre el capital y el trabajo, de donde fatalmente ha de resultar una era de capitalismo socializado, de la propia suerte veníamos viviendo, desde fines del siglo XVIII, conforme a los dictados provisionales de amalgama ilógica y alianza absurda entre el derecho divino de los reyes y la soberanía popular, entre

la monarquía y el parlamentarismo, cuya fórmula de transacción, era: el rey reina, pero no gobierna. Desde aquella fecha, la mayoría de los pueblos se calzaron las sandalias democráticas, y dejaron la monarquía en el guardarropa, como un par de botas de charol, que se lucen tal cual día solemne, y eso con una condición: que no lastimen. Los políticos profesionales son los únicos que miran con amorosa simpatía el obsoleto par de charoladas botas; pero sólo de vez en cuando, si por ventura logran calzárselas para dar un puntapié al competidor del propio partido o del partido de enfrente. El resto de los ciudadanos indiferentes, se hallan muy a gusto con la sandalia plebeya. Desde el primero que existió, ya lo dijo el poeta, *rex periture*, los reyes están condenados a perecer. Los últimos reyes que sentían pujos de ser reyes de verdad fueron barridos, como hojas secas, por ese gran vendaval de otoñada, que fué la guerra europea. El propio Lloyd George exclamó: «se acabaron los trucos de los reyes». Y en tanto la humanidad se afana y acongoja por consumir la gran amalgama venidera ¿nosotros, españoles, hemos de vivir tan a lo añejo y desusado que pongamos en jaque la justicia porque han caído unas motas de barro en un par viejo de botas de charol?

Se ha dicho que España es un presidio suelto. Algo hay de eso; y no lo digo por los galopines que se agitan y medran a su albedrío. Todos los que escribimos con honradez para el público, y D. Miguel de Unamuno con más razón que nadie, recibimos constantemente esta sensación de presidio; porque lo que aqueja al presidiario no es tanto la falta de libertad cuanto la

falta de finalidad, la conciencia de la inutilidad de la propia vida, la idea de frustración. En los presidios ingleses había un inocente e ingenioso artefacto de tortura, que consistía en un manubrio metido en la pared, y al cual el recluso debía dar vueltas y vueltas, horas y horas, a sabiendas de que era un esfuerzo estéril. Acaso en las cárceles y presidios amurallados se hallen encerrados algunos de los españoles de mejor calidad, puesto que son los incompatibles con el medio, que han demostrado su incompatibilidad de una manera activa. Los escritores y pensadores españoles incompatibles con el medio—los más escogidos y puros,—no cabe que demuestren su incompatibilidad sino de una manera pasiva; dan vueltas y vueltas al manubrio y el manubrio jamás engrana ni pone en movimiento ningún mecanismo. Claro que D. Miguel de Unamuno no irá a presidio, no se ejecutará esa sentencia monstruosa; pero, si fuese, quizá recibiría menos sensación de presidio dentro que fuera.

Yo me atrevo a proponer a mis amigos, conocidos y desconocidos, lo siguiente: que se repartan en circulares los artículos delictivos de D. Miguel de Unamuno, que los españoles que sienten la obligación de pensar los suscriban públicamente, si fueran de su mismo parecer, y que reclamen colectivamente para sí la misma pena impuesta al Sr. Unamuno. Yo, uno de tantos. De lo contrario, no debemos quejarnos jamás de que nos aprieten las botas.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA

Valdenebro de los Valles. Septiembre, 1920.

(De *El Sol*, Madrid, 28 de Septiembre, 1920)

La condena de Unamuno

Si se midiera el valor de los sucesos por la atención y el espacio que les consagra la prensa diaria, nos parecería, al recordar la condena de Unamuno, que desenterráramos un tema fabuloso. Pero el lector sabe que la lesión inferida por aquel fallo al derecho justo, no se ha reparado; el escándalo perdura. ¿Y en qué ha de mostrarse más tenaz el escritor sino en la defensa de la libertad de escribir? No por franquicia profesional. Combate por un derecho que no es sólo de su gremio, sino investido naturalmente a la conciencia humana.

En España se disfruta virtualmente de cierto número de libertades: a condición de no usarlas. Así la de emitir el pensamiento. ¿Qué importa proclamarla en una ley, si luego los intereses de una familia, de una corporación, de una compañía la aniquilan a fuerza de definir como delitos todos los embates posibles de un juicio independiente? La condena de Unamuno descubre a los más distraídos lo monstruoso de esa legalidad. Tan monstruosa que no se atreverá a llevar hasta el fin sus rigores. Tiraniza, pero se esconde si la opinión general, más sensible que la ley, sirve a Unamuno de salvaguardia. Lo deja para otra ocasión, para

víctimas menos notorias. Más la vejación subsiste. Ni deja de ser cierto que unos juicios han marcado a Unamuno para cliente del penal. Eso es abominable.

Nosotros no pedimos perdón para Unamuno. En un periódico que publicaba el facsimil del autógrafo de un parricida, hemos leído una reverente petición de indulto en pro de Unamuno. ¿Qué dejaremos para el parricida, la víspera del garrote reparador? Quien sale condenado de esta aventura es la ley. Qúitenla. Pero la sentencia debe quedar, por cualquier medio que se busque, *soberanamente incumplida*.

«LA PLUMA».

(Editorial de *La Pluma*, Octubre de 1920, revista literaria que se publica en Madrid bajo la dirección de Manuel Azaña y C. Rivas Cherif).-



Últimas páginas de Unamuno

Ante el Diluvio

«Podré llegar a ser rey destronado, pero no tronado»—dicen que decía don Alfonso XII, aquel monarca cuatro veces Borbón—pues Borbones fueron los cuatro abuelos que le asigna la genealogía—que tuvo la fortuna de ser educado, después del destronamiento de su madre, en el destierro, a todos los vientos, entre camaradas de colegio y no como solitaria planta de invernadero en algún palacio cerrado a la luz de la historia viva de la realidad.

Y sin embargo de esa frase no resulta de la historia de su breve reinado que se hubiese cuidado mucho de asegurarse contra el trueno, sin duda porque se creyó bastante seguro en el trono. No se distinguió, en efecto, su reinado ni por desenfrenados negocios, ni por homenajes de acciones liberadas, ni por jugadas azarosas, ni por turbias combinaciones financieras y bur-sátiles, por lo menos más de lo que en todos tiempos y naciones, monarquías o repúblicas, ha solido ser corriente. La obra de Cánovas del Castillo y de Castelar, que fué quien desde la oposición republicana más le ayudó

en ella fué, buena o mala, una obra política. La llamada Restauración pretendió afianzar las conquistas liberales y democráticas de la revolución de 1868, revolución—no se olvide—llevada a cabo por monárquicos.

La agonía de la política empezó con la Regencia. Y durante ésta, cuando se hundió en el mar de las Antillas la escuadra de Santiago de Cuba—¡oh, suicidio de Villamil!—se llegó a creer en el trueno gordo. Pero no tronó sino la palabra de Salmerón, de Costa, de Pi y Margall, de Pablo Iglesias, de algunos pocos más ciudadanos patriotas.

¿Hoy? Hoy se oye un trueno subterráneo, que suena cada vez más cerca, y que anuncia un terremoto social, un estallido y tras de él la inundación de las aguas desbordadas. Y ni se les prepara dique ni cauce. Ante esta amenaza los amenazados sólo se cuidan de ir allegando reservas con qué resistir el embate de las aguas, o viáticos para el destierro o tal vez de divertirse y gozar en lo que les quede de disfrute del poder.

«¡Mañana será otro día!»—se dicen.—Y juegan en doble sentido. Lo que es jugar con fuego. A las veces parece que quieren asegurar la Casa, pero que al embate de la inundación quisieran aturdirse en ella antes que se les vengán sus viejos y agrietados muros encima y les entierren en el fango que ha de arrastrar el cataclismo.

¿Crisis? ¿Decreto? ¿Disolución de Cortes? ¿Y qué más dá? Todo esto podía significar algo allá en los tiempos en que en España se hacía política. Pero hoy no nos cansaremos de repetirlo, no se hace política en ella. Ni se cree que la política pueda encauzar las

aguas desbordadas, las aguas de tormenta. Apenas queda quien crea que una reforma evita una revolución o más bien la encauce haciéndola legal o incruenta. Al oír el trueno los unos se ponen a devorar cuanto guardaban en la despensa o aún tomándolo de las de sus vecinos, y los otros se hacen despensa en el barquichuelo con que esperan sobreponer al diluvio. Y se juega. Aquellos juegan para gozar de sus ganancias antes que les coja el diluvio y éstos para atesorarlas. Y esto desde el tajo del labriego hasta el trono.

¿Política? Dícese con desdén que todas las escuelas políticas han fracasado, que todos los partidos históricos han agotado sus ideales. ¡Cómo si un ideal se pudiese agotar! Hasta el socialismo histórico en lo que tiene de político, que es lo esencial de él, se encuentra en derrota. Le anega el aluvión del apoliticismo sindicalista, falto, en rigor, de doctrina alguna.

¡Y ahora se le ocurre al presidente del Consejo de Administración de los Negocios de la Casa decir que en todo el mundo los liberales están haciendo política conservadora! Será que los conservadores están haciendo política liberal. Por lo menos los conservadores de la civilización, los que luchan porque en este diluvio no se rompa la continuidad de la historia, los que pugnan por hacer de todos los ciudadanos que trabajan una sola clase y evitar que los esclavos de hoy sean los tiranos de mañana. Y ese presidente del Consejo de Administración de los Negocios de la Casa alude, despavorido, a lo que el viejo liberal Giolitti está haciendo en Italia, en la Italia una y redimida de los Saboyas, en la Italia de Mazzini, de Garibaldi, de Ca-

vour, de Quintín Sella, en la que llevó a Víctor Manuel a Roma y puso el trono sobre el trueno. El pobre presidente se muestra desolado de la desunción de los conservadores y teme, por otra parte, una discusión entre el Parlamento y la Corona. Y por esto, por evitar esta disensión, se niega a presentarse ante las Cortes actuales. Cree poder poner así el trono sobre el trueno.

Truena sobre los tronos todos; truena el tenebroso nubarrón cargado del diluvio y truena, que es de más pavor, bajo el suelo. No sólo las aguas, las tierras se conmueven y revuelven. Pero hay faraones a los que Dios parece haber ensordecido como a aquel que echó de Egipto al pueblo escogido. Diríase que se taponan los oídos para no oír el trueno y que se aturden con doble juego para no sentir que la tierra les tiembla bajo los pies. Y es como el que se pone a bajar en un terremoto para escapar de éste. ¡Lo que no es sólo frivolidad, no! Es como el niño que yendo sólo y de noche por el bosque, tiembla y canta de miedo.

Truena aquí sobre el trono. Y está éste rodeado de avestruces con sus cabezas bajo las alas.

Y en tanto rueda la Bolsa.

¿Y el optimismo de la real orden? Es el canto del niño que va sólo y de noche por el bosque que se inunda.

(Uno de los artículos que provocaron la condena de UNAMUNO).

Cambio de rumbo

Raro es el hombre que en la vida pública, sobre todo en la política, va a donde quiere ir, sino a donde le llevan. ¿Quién le lleva? Llamésmole, si queréis, el hado: mejor sería llamarle la historia. Ni hay quien pueda saber a dónde quiere ir. El camino se nos va mostrando según lo recorremos.

Acostumbro repetir, y esto desde hace años, que los jóvenes no tienen propiamente esperanzas, esperanzas concretas y definidas, ya que las esperanzas se construyen con material de recuerdos. El que no se ha hecho tradición propia no es fácil que tenga claro progreso. La historia nos da con la responsabilidad, la definición de nuestro destino. Y la historia política de su patria, de España, le está marcando al que hoy os dirige, lectores, estas reflexiones, un poco sobrado abstractas, un sendero de acción pública del que hasta hoy se había apartado. Y es que no sirve querer mantenerse en el puro papel de un publicista, de un historiador de la actualidad o sea cronista, de un crítico.

¡Ah, mi vieja afición a Leopardi! No hace mucho que en un semanario de la Villa y corte de esta España, de Madrid, recordaba y comentaba aquellas palabras que el grande y torturado recanatense dirigía en 1826 a Juan Pedro Viennsseux, cuando éste le solicitaba para que escribiese en la *ANTOGIA*, ejerciendo desde ella, como un «ermitaño de los Apeninos» la libre crítica. Y el solitario le contestaba:

«Para que este buen ermitaño pudiese flagelar nues-

tras costumbres y nuestras instituciones convendría que, antes de retirarse a su ermita, hubiese vivido en el mundo y hubiese tenido parte no pequeña ni accidental en las cosas de la sociedad. Y no es este mi caso. Mi vida . . . ha sido siempre y será perpetuamente solitaria, aún en medio de la conversación . . . De esta manifestación y de este carácter, nace, naturalmente, que los hombres son, a mis ojos, lo que son en la naturaleza, esto es, una mínima parte del universo, y que mis relaciones con ellos y sus relaciones entre sí no me interesan nada, y que no interesándome, no los observo sino superficialmente.

Esté por lo tanto, cierto de que en la filosofía social soy yo, en todos respectos, un verdadero ignorante. Estoy, sin embargo, acostumbrado a observarme de continuo a mí mismo, esto es, al hombre en sí, y de igual modo sus relaciones con el resto de la naturaleza, de las que, con toda mi soledad, no puedo librarme. Tenga, pues, por constante que mi filosofía (si quiere honrarla con este nombre) no es de aquel género que se aprecia y es grato en este siglo; y aunque útil a mí mismo, porque me hace despreciar la vida y considerar todas las cosas como quimeras, y así me ayuda a soportar la existencia, no sé qué pueda ser útil a la sociedad ni qué convenga a quien debe escribir para un periódico».

Palabras éstas de mi amado Leopardi, que haría mías si no fuese que siempre me ha interesado la historia viva, la del presente, más que le interesó a él y hasta como espectáculo. En la contemplación y en el juicio de esa historia he buscado siempre y algunas

veces he encontrado consuelo al sentimiento de la vanidad radical de todo lo humano. Y así he podido escribir para periódicos, aunque siempre rehuí lanzarme a la arena candente de las luchas políticas. En concreto, evité siempre ir a dar al Parlamento. Un sentimiento de selvática independencia me guiaba. Me debía a mi obra, y mi obra era mi labor de crítica en todas las Españas, en todas las tierras en que se habla español, y aún fuera de ellas.

Pero ya el alud de la historia tormentosa y torrencial me va hacer cambiar de rumbo. Y os lo digo, mis lectores, con tristeza, con verdadera tristeza.

¡Quién sabe si un día tendré que interrumpir esta comunicación quincenal que con vosotros mantengo desde hace toda la vida de un hombre! ¡Me era tan dulce, sentado en este sillón fraileroy de mi cuarto de estudio, rodeado de mis libros, oliendo no pocas veces el tomillo de las sierras bravías que acababa de recorrer, henchido aún de aire de cumbre soleada, pensar para vosotros, teniéndoos presentes en espíritu! ¡Y cuántas veces no habréis acusado de misántropo a este solitario que os transmitía sus agrios juicios! Pues venéis a tenerle al misántropo perdido entre los hombres. Perdido; esta es la palabra. A sus años va a tener que cambiar de rumbo.

Estalló la gran guerra en Agosto de 1914 y poco después comenzó mi guerra también. A fines del mismo Agosto de 1914 empecé a ser perseguido por el más alto poder público de mi patria. ¿Mi pecado? No lo sé; acaso andar erguido, sobre dos pies y no salirme del sendero de mi trabajo, de mi oficio público, para bus-

car coyunturas de oficiosos y excusados saludos. Y es que cuando para alguien el tiempo es oro, no debe malgastarlo en ociosas etiquetas. La cortesanía no es sino la degradación abyecta de la cortesía.

Aunque esto es un desahogo lírico—¡perdonádmelo por esta vez!—no quiero entreteneros con el relato de cómo se me invitó a una entrevista, se me dijo: «venga usted a verme y hablaremos», para darme luego con la puerta en los hocicos y sin que entre aquella invitación y este... genial capricho mediase acto alguno o palabra alguna mía. Y luego se dirá lo de «¡palabra de rey!» Pero así dicen que las gastaba también el bisabuelo.

Con esto y con otras cosas acabáronseme de abrir los ojos y abrí la boca y grité en las plazas lo que en otro país y en otro tiempo habría podido decir a media voz a oídos que buscasen la verdad. Y durante la guerra me constituí en profeta de la verdad y solté el canto del gallo. Aquel canto lo recuerdan todavía aquí muchos. Y se me dejó gritar. ¿Qué remedio? Pero la persecución continuaba. Y consistía principalmente en mantenerme bajo el peso de una exoneración despótica, de razón secreta, en no declararme cuál fué mi pecado. Prueba de que no lo había habido.

Cuando todos callaban hablé yo y muy alto. En Agosto de 1917 dejé oír palabras de agüero en medio del silencio. Y eso que entonces, a raíz de una sublevación, de una verdadera sublevación militar, cuando los encargados de guardar y garantizar el orden inauguraban la indisciplina sindicalista y la inauguraban para fines de propio provecho, enton-

ces no había llegado aún mi patria a la disolución moral en que hoy se revuelve. Ahora este ex-futuro vice-imperio ibérico es ya un principado de Mónaco. La Real Compañía Arrendatario de la Timba Nacional lo domina todo. El juego en todas sus formas, el agio, la Bolsa, las más turbias combinaciones financieras, lo invaden todo. La preocupación desde el escaño del labriego hasta el trono mismo, no es sino enriquecerse a costa del bien común. El materialismo histórico es la doctrina general.

Acaba de condenármeme a dieciséis años de presidio por haber dicho en dos artículos, como en tantos otros que no se han atrevido a denunciar, la verdad, por haber revelado vergüenzas de lo que durante la guerra se llamó neutralidad a todo trance y costas, y no fué tal. La condena es por supuestas injurias al rey de España.

Aquí conviene advertir que injuria, según nuestro código, es toda palabra proferida en menosprecio o descrédito de otro, y así lo mismo es injurioso llamarle a uno chisgaravis, botarate, o mequetrefe que llamarle embustero, ladrón, asesino, vil, etc., y en el delito de la lesa majestad no se admite grados. Como que antaño se le condenó a uno a ocho años de presidio por haber escrito «el polluelo Alfonsito».

Más yo os aseguro que en ningún respecto he injuriado al Rey en ninguno de esos artículos, que ni siquiera hay un epíteto despectivo para él en ninguno de ellos. Sólo ha dolido que revelara cuál fué su verdadera actitud durante la guerra y cómo se portó fiel al título que ostenta de archiduque de Austria, que

según el protocolo lo es. La sentencia ha sido fruto de una venganza mujeril. Tengo motivos para creer que una alta dama ha hecho que se ejerza presión sobre el tribunal que me ha condenado y de cuyo fallo fué ponente, no ninguno de los magistrados que lo firmaron, sino el fiscal de S. M. Y el fallo fué acaso redactado en la Corte.

Buscábase indultarme; se me condenó para ser indultado. He recurrido al Supremo, aunque no creo mucho en su justificación. No puedo pasar por que me indulte, esto es, me perdone, aún sin yo pedirlo, quien nada tiene que perdonarme. ¡Yo a él sí!

¿Qué así se entabla un duelo? Sea por mi España, no por mí.

Y lo siento, mis queridos lectores, lo siento de veras. He procurado no hablaros demasiado de las ponzoñosas menudencias de nuestra politiquilla. Se dice que los trapos sucios hay que lavarlos en casa. Ni me parecían muy interesantes los muñecos, los fantoches de nuestro tínglado. Y si hoy he roto mi consigna, es porque sé que ha llegado a ésa el eco de mi condena y como ésta puede llegar a tener un valor más que personal, como puede llegar a ser símbolo de otras, como mi caso actual puede adquirir valor de generalidad, no he creído deber callarme. Y bien sabe Dios que de cierto exhibicionismo he huido siempre y que si hablo mucho de mí mismo, es como decía Trueba, por ser el hombre que encuentro más a mano para ejemplificar mis doctrinas psicológicas. Porque puedo decir con Leopardi, que mi vida ha sido siempre y será perpetuamente solitaria, aún en medio de la conversación y el trato

humanos». Y como él, como Leopardi, estoy acostumbrado a observarme de continuo a mí mismo, esto es al hombre en sí, y no en los otros. Pero me hacen cambiar de rumbo.

¡Quiera Dios que este cambio de rumbo en mi vida no me obligue a separarme de vosotros!

(De *La Nación* de Buenos Aires, 10 de Noviembre de 1920).

A la Federación Universitaria Argentina

En el alma les agradezco, amigos y compañeros, las palabras que me dirigen a propósito de mi condena a diez y seis años de presidio por *supuestas* injurias al rey contenidas en esos artículos.

Hoy mismo escribo al Dr. D. F. A. Barroetaveña exponiéndole con algún detalle el caso y él puede mostrar mi carta.

Básteles saber, como cosa de principios que en España hay todavía una ley que castiga con ocho años de presidio toda expresión en menosprecio del rey y que ha habido tribunal que estinó tal llamarle «polluelo Alfonsito» y que hay uno actualmente procesado por haber reproducido un pasaje de Baroja en que se decía que nuestro rey paseaba su «belfo de los Austrias».

Y que en esto de los Austrias está el toque de la cosa, pues se me ha hecho condenar, para aplicarme luego un rencoroso y vengativo y humillante indulto, seguramente a instigación de la reina madre y ex regente, doña María Cristina de Habsburgo Lorena, por haber contado la intervención que, según «The Times», tuvo

esta señora en impedir que España se cobrara lo suyo incautándose de los barcos alemanes cuando Alemania hundió algunos nuestros, asesinando a los que los tripulaban.

Esas dos condenas han sido la consecuencia de mi campaña antigermanófila durante la guerra.

Y antes se me había vejado y atropellado en un real decreto despótico. Despótico porque han mantenido secretas no ya para el público sino hasta para mí las razones que lo motivaron. Se me destituyó de un cargo sin expediente previo alguno y sin decirme, ni antes ni después, por qué.

Si mi edad, mis hábitos, mi familia, y otras necesidades no me ataran aquí, hace ya algún tiempo que habría emigrado y me hubiese ido a otro país, en que como en ése se haga todo a la luz del día. Porque nada odio más que el despostismo habsburgano.

Y quién sabe si así y todo, viejo ya, no tendrá que irse un día a acabar su obra entre ustedes, amigos míos, éste español a quien tanto le duele España porque la lleva en el corazón.

(De *Renovación*, órgano de la Federación Universitaria de La Plata.)

Salamanca, 28-10-1920.

Diario de un Azulado

Salamanca, Diciembre de 1920.

Hoy, 15 de Diciembre de 1920. Lector querido, mi antiguo y buen amigo—¿quién mejor que tú?—¿quieres que hablemos una vez más a solas, de hombre a hombre, líricamente? ¿Que hablemos...? Que hablemos, sí, porque yo te oigo, oigo tu silencio, y este monólogo es, como todo monólogo publicado, un diálogo, y todo diálogo es un monólogo. ¿Estamos?

No faltan más que tres días para el de la elecciones generales de Diputados a Cortes en esta nuestra España que fué,—¿volverá a serlo?—de Nuestro Señor Don Quijote. Las elecciones se celebrarán—¡a qué cosa llaman celebrarse!—el próximo domingo 19 de este Diciembre. Ya está montado el tinglado. Y yo figuro como candidato en dos distritos, el de Madrid, la Villa y Corte, y el de Bilbao, mi pueblo natal.

¿Candidato? ¿Y qué es eso? La más barata y elemental erudición nos enseña que se llamaba así en Roma, de «candidus», blanco, a los que se vestían de blanco para ir a solicitar de los electores un cargo público. Y no, yo no me he vestido de blanco—¡siempre de azul!—ni he solicitado ni pienso solicitar el voto de nadie. Hasta me he negado a firmar cierto documento en que se me quería hacer decir que «aspiraba» a la representación en Cortes de mi pueblo natal. Y no, yo no «aspiro» a eso, ni eso—por honroso que sea, y lo es mucho—es aspiración. Me han pedido mi nombre, y

como mi nombre no es ya mío, sino público, no lo he podido negar. En rigor podían haberlo tomado sin pedirmelo; ¿por qué nó? ¿O yo no les entiendo, o no me entienden o no queremos entendernos?

¿Conque retira usted su candidatura? — viene diciéndome uno.—Y yo ¿retirla? Pero si no la he presentado.. ¡Que la retiren si les place, los que la presentaron, no yo! Yo sigo vestido de azul. ¿Pero usted quiere o no quiere ser diputado..? A esto no sé ya qué responder. ¿Por qué.. quiero o no quiero ser diputado? Y como cuando estas líneas de nuestro diálogo—porque tú, lector, intervienes en él con tu silencio—se publiquen habrán ya pasado las elecciones, a tí te lo puedo decir. Me halagaría—¿y cómo no?—obtener una regular votación en cuanto ello implique un aplauso a mi labor cívica, a mi política fuera de partidos, ¿pero, quiero o no quiero ser diputado? Si pudiese obtener en todos los distritos una minoría que sumadas éstas formasen una acumulación grande..! ¿Pero quiero o no quiero ser diputado? Ni yo lo sé.. Temo con ello perder lo mejor de mi acción. Pero, por otra parte..

¡Usted debe ir a las Cortes! ¡Lo que diría allí..! Es decir, señor mío, que se trata de divertirles a ustedes.. ¡Hombre, hombre..! ¡Si, entendido! Pues, mire usted, si me llevan allá, allá tendré que ir, pero.. ¡mi política..! ¿Usted hace política? Acabo de dar al público mi poema «El Cristo de Velázquez», dentro de poco daré mis «Tres novelas ejemplares y un prólogo..» ¿Pero eso es política? ¡Sí, señor mío, sí, eso es política «Pero un programa..» Mi programa político, político,

¿eh? está en mi obra sobre el «Sentimiento trágico de la vida», en mis comentarios al «Quijote».

Vuelvo a mi «Quijote», acudo a los capítulos XXV y XXVI de la segunda parte, donde se cuenta la aventura del titiritero, de aquel Ginés de Pasamonte, a quién Don Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, que hizo de maese Pedro del tinglado. Me han metido en el tinglado, de títere de él, pero me escapo del lado de Don Gaiferos, yerno putativo de Carlo Magno, y me voy a un rincón perdido entre los espectadores, a observar lo que pasa, a meditar sobre ello, a entristecerme, a indignarme acaso. Y aquí me tienes, antiguo y buen amigo lector, en mi casa, al calorcito de mi brasero, en mi camilla doméstica, escribiéndote esto mientras los candidatos fatigan los distritos.

Yo te contaré de Maese Pedro, de Ginesillo de Parapilla, del poder oculto que por detrás y encima de los poderes públicos, del rey abajo, tira aquí de los hilos. Una vez estuvo a punto de prender al mismo soberano constitucional la policía a sus ordenes (no del soberano constitucional) ¡no! (sino del otro, de Ginesillo de Parapilla, que es colectividad y casi legion). Esa policía que me declaró, en una certificación que obra en los autos de mi proceso por supuestas injurias al rey, «elemento peligroso» y «peturbador del orden actual», que es el orden de Ginesillo de Parapilla. Y Ginesillo pone mastines en el lugar de los pastores. Y contribuye a entontecer al pueblo.

¿Pero no te parece, mi antiguo y buen amigo, que dejemos esto aquí para continuarlo otro día? Si, sí, y en vez de hacer un discurso electoral voy a hacer..

un soneto. O a leer «Sansón azonista», de Milton, que empecé ayer.

*
* *

Hoy, 16. Carta urgente de Bilbao, uno de «mis» distritos, apremiándome a que vaya. ¡Ah, «mi» Bilbao! ¡Lo que hace que no le veo! Aunque no, al mío, al que me hizo, a lo de mi niñez y mi juventud, a mi Bilbao, lo veo a diario. ¿Verlo? No, como no veo mis ojos. Es decir, si, puedo verlos en un espejo. Y para ver a mi Bilbao tengo un espejo. Y no se me empañará si voy ahora allá, a un Bilbao empañado por luchas electorales. ¡Si fuera el de treinta años...! ¿Voy a llevarles un acento bilbaíno de hace treinta años? ¿Me entenderán?

El Sansón de Milton habla del sol silencioso. Milton estaba ciego y escribía la tragedia de un ciego. El sol silencioso es el sol de media noche, el que afumbrá a los antípodas. Los latinos llamaban luna silenciosa—«silens»—a la nueva, a la luna obscurecida por la Tierra.—«¡Ciego y entre enemigos!»—exclama el Sansón miltoniano.—¿Pero y con vista bien clara y entre amigos? Mejor será esperar a mañana. ●

*
* *

Hoy, 17. ¡Ni una carta, ni un telegrama! ¡Parece que al fin me dejan en paz! ¿En paz? ¿Es esto paz? ¿Goza uno de paz cuando le dejan solo? «Mis arreos son las armas; mi descanso el pelear»—decía Don Quijote en su primera salida, recordando palabras del misterioso romance de «La Constancia»—dice Ramón Menéndez

Pidal en el discurso sobre «Un aspecto de la elaboración del Quijote», que leyó al inaugurarse en el Ateneo de Madrid el curso de 1920-1921.

Por cierto que hay en este discurso, que he leído en vez de hacer yo un discurso electoral, un pasaje que merece atención y comentario, y es cuando distingue la hazaña heroica,—las de la «Iliada» o el «Romancero»—de la aventura caballerescas. Y dice: «La «hazaña» heroica de la epopeya se desarrolla lentamente en medio de la vida social, vivida por pueblos de gran densidad histórica; mientras la «aventura» sobreviene brusca y rauda, en medio de un paisaje solitario: la dilatada floresta, donde se pierden los lamentos del agraviado hasta que los oye el caballero vengador; si al borde de la floresta descuella el bien torreado castillo, habitado por algún poderoso, o por un gigante o encantador, ora bondadoso, ora maligno, es nada más para nuevas enmarañadas aventuras que a golpes de su invencible brazo desanuda el buen caballero; si más allá se encuentra a veces la corte de un rey, es porque también en ella se espera el esforzado andante que, por sí solo, vale más que todo el reino. ¡Cuán apartado está todo esto del Mío-Cid!»

¿Y estas elecciones van a ser hazañosas o aventureras? ¡Épicas, no!, burlescas, acaso. ¿Hay gran densidad histórica en la vida actual de nuestro pueblo? Tal vez, sí, pero por debajo eso que se llama política, la de elecciones. La historia hay que buscarla en el movimiento sindicalista que profesa el apoliticismo en elecciones, el abstenerse de éstas. Que es un modo de hacer política. Y dicen ahora que el poder oculto e irresponsable

que aquí rige por sobre el Gobierno y sobre el rey mismo, el poder pretoriano de las Juntas de Defensa militares—del que se dice que hasta pensó prender al monarca—está acabando con el sindicalismo. ¡Habrà que verlo!

*
* *

Hoy, 18. Recibo un telefonema de Bilbao, mi pueblo, firmado por tres de los más conspicuos nacionalistas—o por otro nombre bizcitarra—de allí, diciéndome que la revista «Hermes» publica un manifiesto suspendiendo su candidatura y que el partido Nacionalista votará mi nombre. ¡Es lo que me faltaba ver! Aunque no lo extraño. Ni nada me han pedido antes ni han contado conmigo, y este es, mi antiguo y buen amigo lector, el primer comentario que hago a ello.

Recuerdo aquel día, hace más de diez y nueve años, en que fui a mi cuna a decirles duras pero saludables verdades a los míos, a mis hermanos, a los vascos como yo, a predicarles contra el localismo suicida y de relincho, a recordarles cómo nuestra obra en la historia universal, la de los vascos, está en la historia española. Somos los vascos, por ser vascos, dos veces españoles y en español está lo que hemos hecho de duradero. El español ha sido nuestro lenguaje articulado y todo lo demás o balbuceo infantil o relincho selvático y aldeano. En español colonizaron América nuestros grandes colonizadores, como Garay e Irala. En español civilizan a sus patrias los vasco-americanos de hoy. ¡Y cómo se me pusieron por decirles que nuestra verdadera independencia estaba en tratar de ser la ca-

beza y más que la cabeza, el corazón dirigente de la España Máxima de mañana! ¡Cómo relinchó la aldeanería incivil! Pero sembré mi palabra yo, el hijo de la Villa, descendiente de aldeanos. Y la palabra ha prendido y ha florecido y ha fructificado entre gritos de incomprensión.

«¡Ah, es que no van a votar por tí sino por el otro candidato!»—me diría acaso alguien si en vez de estar hoy aquí, en mi casa—el día está crudísimo y no convida a salir—estuviera en mi Bilbao. Pero esto gano con no moverme ahora de casa y es no asomarme a los bajos fondos de estas contiendas electorales. En las que los candidatos, puesto que van de blanco, quedan más sucios si les salpica algo del légamo.

Y ahora a continuar leyendo—es la segunda vez—las «Cartas y discursos de Oliverio Cromwell, con elucidaciones por Tomás Carlyle», que empecé anoche. ¡Esta retórica carlylesca, mi vieja amiga! ¡Cómo me confortó hace años! ¡Y ahora vuelvo a ella, pues parece que me remoja! Cuando después de haber traducido la «Historia de la Revolución Francesa», de ese Carlyle escribí mi ensayo «Maese Pedro»—que en el tomo III de mis «Ensayos» figura—¡cuán lejos estaba de creer que esa poderosa retórica volvería a ganarme el ánimo! Maese Pedro... Maese Pedro... ¿Pero es un historiador, por poeta y retórico que sea, Maese Pedro? ¿Es él quien mueve los muñecos? ¿No le mueven más bien ellos a él? ¡Quien sabe...! Se puede sostener con igual verdad—no digo lógica—que Don Quijote y Sancho hicieron a Cervantes; Hamlet, Macbeth, el rey Lear, Otelo y sus hermanos a Shakespeare... y, por

otra parte, que Tucídides hizo a Pericles, Salustio a Catilina, Joinville a San Luis de Francia. El terrible Maese Pedro, el Ginesillo de Parapilla que decía Don Quijote es el otro, no el historiador, es el poder oculto. Maese Pedro era un disfraz de Ginés de Pasamonte, de Ginesillo de Parapilla.

Acaso lo que hace hoy más falta aquí es un Maese Pedro historiador, como era Carlyle, que tire del cortinón del fondo de la escena y enseñe las manos y las mangas—mangas con entorchados—del Ginés de Pasamonte, del Ginesillo de Parapilla individual o colectivo—que está tirando de los hilos de los titeres todos, empezando por el títere Carlo Magno, padre putativo de Melisandra, a la que se lleva Don Gaiferos.

Voy a conversar con Carlyle. Mañana se celebran las elecciones.

*
* * *

Hoy, domingo 19, XII, de 1920, se celebran las elecciones generales de diputados a Cortes en toda España. Es uno de los días más crudos del invierno que entra. Han caído grandes nevadas en muchas partes. ¡Pobres interventores de las mesas electorales! y menos mal los que han sido nombrados por los candidatos, que al fin ellos se lo han buscado, pero y los que por ministerio de la ley tienen que aguantar eso! El que esto escribe lo ha aguantado alguna vez...

¡Y hoy, con este frío...! Porque no hay nada más sórdido ni más desamparado que los locales—indecentes chamizos de ordinario—en que se verifica la votación. En Portugal suelen hacerlo, por tradición, en

las iglesias. Aquí en cuchitriles — ¡y tan cuchitriles! — alquilados o en escuelas públicas. Sólo faltaba que se llevase allí a los niños, a una lección de inmoral cívica o de moral incívica. Les llamo cuchitriles, y es que así como un chiribitil o «chibitiril» es un chivitero chico, una cuadra para chivos, un cuchitril es un «cochiteril» o cochitero, una cuadra para cochos o cochinos.

Y a propósito de lengua. Hay en español un verbo de rancio abolengo, que es «muñir», «llamar o convocar a las juntas o a otra cosa», dice el Diccionario de la Academia, que ya no se usa, pero «muñidor», «criado de cofradía que sirve para avisar a los hermanos las fiestas, entierros y otros ejercicios a que deben concurrir» y luego, por extensión, «persona que gestiona activamente para concertar tratos o fraguar intrigas o crear cualquier oficio semejante», es ya vocablo inseparable del adjetivo «electoral». Muñidor es ya el muñidor electoral. Como «apernador»... apernador electoral. Y esto sí que está bien. Porque apernador es propiamente el perno que apierna y apernar es asir o agarrar el perno por las piernas alguna vez.

A la puerta de los colegios electorales están los apernadores, los mastines de los rabadanes politiqueros, con su cachaba al brazo. Allí dentro, en torno a la mesa que sostiene la urna misteriosa — tal vez un puchero — los pobres interventores, hoy helándose de frío. Tienen a los pies unos braserillos miserables. Luego comen juntos a costa de los candidatos por lo común, y casi indefectiblemente se les indigesta la comida.

Voy, pues, a salir a votar, a ver qué pasa por la ciudad. Y ya sabré mañana qué ha sido de las eleccio-

nes en Madrid y en Bilbao donde rueda mi nombre como de candidato. Pero candidato de azul y no de blanco y que no tiene mastines apernadores a su servicio.

Hoy 20. Las elecciones transcurrieron ayer en esta vieja ciudad con el transcurso más tranquilo, casi soñoliento. Como hay que ser exacto hasta en los menores detalles, debo rectificar algo que ayer escribí aquí. Ya no se emplean los locales de escuelas para las votaciones; parece que fué prohibido por razones, supongo que pedagógicas. ¿Pero es que unas elecciones así ni entran en la pedagogía? No, dirán, sino más bien en la demagogía (acentúese como pedagogía). ¿Pero es, insisto que el «demo» o pueblo no es niño? ¡Y tan niño! Sólo que las elecciones no le educan.

El señor Maura, demagogo — en el más recto sentido — quiso hacer el voto obligatorio y hasta se decretó que el funcionario público que no exhibiera su boletín de haber votado sufriría una multa. Cosa que, ¡es claro! no se ha cumplido. Ayer ni siquiera me dieron el billete de haber votado y eso que soy funcionario público. Ahí es nada lo de querer convertir un derecho así en un deber. Dejaría de ser derecho.

La frialdad con que transcurren las elecciones es extremada. Va con la del tiempo. Ayer nevó y sobre la nevada heló. Y está nevando y helando en el alma del pueblo. Aunque acaso bajo el hielo de esa nieve se revuelve un volcán. Dicen que empieza otra racha de terremotos.

Nadie cree en la eficacia del Parlamento. A lo más se le toma como un espectáculo, como otro tablado de



MIGUEL DE UNAMUNO

Caricatura de BAGARIA

Maese Pedro. Sólo a los quijotes se les ocurre tomar en serio los titeres del tablado. Acaso porque sólo los quijotes sienten todo el peso de los Maeses Pedros. ¿Pero el parlamento? El pueblo sabe que todo lo que importa se decide y resuelve fuera de él, en un escritorio, en una camarilla, en una alcoba, en una Casa del Pueblo, en una taberna, en una sacristía, en un cuartel, en cualquier otra parte. Lo otro es la función de aparato, la comedia. ¡Y qué comedia!

¡Regimen de publicidad! Sí, esta es la fórmula de una república, de una verdadera república — «res publica». — Lo primero de una cosa pública es que sea de veras pública — la esencia de la libertad democrática, de la democracia liberal, es la publicidad. ¿Pero se logra con el parlamentarismo la publicidad? ¿No sirven más bien sus discursos para velar la verdad? ¿Todas esas discusiones no embrollan más que las más embrolladoras transacciones diplomáticas?

Es que la verdad no basta querer decirla, hace falta saberla. Y se puede además, ser muy sincero sin ser veraz. Y en el regimen parlamentario se obscurece y enreda la verdad por incompetencia. No es lo corriente que elija el pueblo a los mejor informados. Ayer aquí, por ejemplo, se eligió diputado a un hombre de una ignorancia paradisiaca y de una cultura troglodítica.

*
* *

En efecto, me dejan tranquilo en mi casa, pues ni los de Madrid ni los de Bilbao han logrado sacar mi

nombre con mayoría. Ni era fácil tratándose de quien rehusa dejarse prender en las mallas de un partido político cualquiera. Habría de formarse uno, un partido, en torno a mi nombre, y disentiría de él. Por espíritu de herejía. Hereje aún dentro de la herejía. Todo menos el dogma. ¿Y partido? ¡Partido, no, nunca! Siempre entero. ¿Y hay mejor modo de estar entero que quedarse solo? Diez hombres, cien hombres, mil hombres, cien mil hombres, pueden formar partido, pero un hombre sólo no es partido.

¡Cosa terrible esos partidos políticos! En ellos la Iglesia acaba por substituir al dogma, la organización a la doctrina. Su ortodoxia suele ser más absurda que la ortodoxia religiosa. Y allí muere toda idealidad.

Os decía que me dejen tranquilo en casa. Pero esto tiene su contra, una contra que ahora os puedo declarar, amigos lectores de esa República, y es que esto vuelve a estorbar mi viaje a ésa. Si me hubieran sacado diputado podría haber ido a veros, a conoceros, a hablaros, y a oiros sin tener que pedir licencia. Y hasta ni puedo aceptarla, ni menos pedirla, con dignidad, de ministros del rey de España.

Además, el día 8 del próximo Enero se verá en el Tribunal Supremo el recurso que hice interponer contra el fallo del Tribunal de Valencia que me condenaba a dieciséis años de presidio por supuestas injurias a dicho rey. Y si se empeñan otra vez en que me indulte, se me dificultará, acaso para siempre, el obtener licencia alguna. ¿Cómo va a aceptar una merced—y toda licencia lo es—a nombre de un soberano quien tiene la conciencia de que se le ha infligido un castigo injus-

to, por un delito ficticio, y no más que para agraviarle y humillarle con un perdón rencoroso?

¡Sólo que las cosas dan tantas vueltas...! Y esta España... Nieva por aquí: nieva también en el alma del pueblo. Y encima hielo. Y se oye que a la vez se sienten terremotos más o menos lejanos. Truena bajo tierra. Y hay volcanes con su cumbre nevada, con el cráter acaso cubierto de nieve. Volcanes extinguidos que un día resucitan.

La indiferencia con que han transcurrido estas elecciones generales en casi toda España ha sido casi glacial. Estas elecciones han sido una nevada. Tal vez una nevada sobre un volcán pronto a despertar. Aunque por otra parte... Hace ya tanto tiempo que vivimos en ansiosa expectativa...! Uno de los últimos números de la SATURDAY REVIEW hablaba del caso triste de España.

*
* *

Hoy, día 21, empiezan a llegar noticias de las elecciones en toda España, y hasta se dice—¡cosa inaudita!—que es fácil que el Gobierno no obtenga mayoría. Sería el primer caso en la historia de España. ¿Aunque hay gobierno? Hay quienes lo dudamos. Los partidos políticos, los viejos partidos políticos históricos, se están deshaciendo como témpano de hielo al sol de verano, o mejor acaso, como sabañones en primavera. Porque un partido político suele ser a modo de un sabañón, sangre cuajada y detenida. El pensamiento es algo fluido, líquido, cambiabile, es sangre que corre; las ideas, eso que los políticos llaman ideas, las del

programa, son algo sólido, helado, cuajado. El pensamiento disuelve las ideas. Y peor aún cuando en el partido lo importante es el partido mismo, la Iglesia, no el dogma; la organización, no la doctrina.

Pero aquí la crisis es más honda. Por una parte el fluido de las pasiones populares de origen económico, las luchas llamadas sociales está derritiendo los viejos programas ideológicos, «tempanescos», dogmáticos, incluso el socialista, no menos dogmático, hierático y «tempanesco» que los otros, pero por otra parte, es el pretorianismo, es un manso—no tan manso—terror blanco. En España hoy rigen, y más que nunca, las juntas de defensa militares que se sublevaron el 1.º de Junio de 1917. Desde ese día se rompió la tradición constitucional española. Y parece que nos acercamos al desenlace. Es un decir, a un desenlace. Porque se reanudará el drama.

Escribo estas líneas lleno de los más agoreros presentimientos: Nadie ve claro. Y muchos no quieren ni mirar.

¶ Pero no le duele a uno tanto la disolución política, ni la moral, lo que duele es la disolución intelectual y la estética. Con inteligencia inquieta, penetrante, insaciable, sana o no— ¿qué es eso de inteligencia sana?— todo lo demás se restablece. Lo terrible es cuando se empieza a perseguir y a desdeñar y a odiar no las ideas, no las opiniones, sino el pensamiento. Se puede profesar cualesquiera ideas, cualesquiera opiniones, ¿pero pensarlas? ¿pensar? Lo que aterra es la crítica, a lo que no resisten es al espíritu dialéctico. Y esto todos. Y los que parecen más extremos aún más. Los es-

piritus más dogmáticos, más intolerantes del pensamiento que he conocido se decían a sí mismos anarquistas. Hasta conocí un formidable inquisidor dogmático del anti-dogmatismo.

¡Libertad de pensamiento! ¡Ah, sí; pero no es lo mismo que libertad de profesar y exponer ideas. Hay quien profesa ideas que no piensa.

Pero basta ya. Cierro este pequeño diario.

(De *La Nación* de Buenos Aires, 6 de Febrero de 1921).



La poesía de Unamuno

«En los surcos lo vivo, en tí deja lo inerte,
pues la vida no pasa al paso de un nublado;
de tus obras podrás un día recojerte».

Cuando llegados ya a una cierta edad, y como consecuencia a una mayor plenitud de criterio y de visión, echamos una larga ojeada por el camino que nos tocara recorrer, advertimos las huellas que hemos estampado o que no pudimos dejar impresas sobre el polvo movedizo en que se cargaron nuestros piés. Y pensamos en la honda poesía que dejamos sin expresión, oculta para los demás en las cálidas palpitaciones de nuestras entrañas postradas en oración ante la belleza o el dolor del momento. En aprovechar a éste con toda su intensidad de pensamiento y sentimiento, con su conglomerado de vida exuberante de afinación nerviosa, amontonándolo en frases cuyas palabras aparecieran hinchadas del contenido; en esto debió estribar el mérito de una gran obra poética. Por eso la mejor auto-biografía de un hombre será aquella que nos presente en orden cronológico las totalidades de sus instantes-cumbres. El escritor que logre dejarse tal como se ha ido sintiendo a través de su bosque de

maravillas o desesperanzas, teñirá de sangre y espesará de calor el leño muerto de la palabra, y pondrá tibiezas de llama en los ajenos espíritus.

Pero para que podamos emocionarnos con su obra, para poder tocar sin esfuerzo la carne que goza o sufre en ella, es menester que hayamos también vivido las sensaciones y la meditación que ahí palpitan. Quien no haya sentido amor por la vida de una bestia, quien no haya acercado su comprensión al esbozo de lenguaje que en los ojos transparenta, quien no haya una vez saltado de alegría con la alegría que la domina, o sufrido con el dolor que nos mostraba, ese está incapacitado para sangrar con la muerte del pobre bruto y no comprenderá la hondura de una poesía que la cante. Si no se ha pasado por una de esas horas angustiosas en que la amarga idea de la muerte sin resurrección nos sobrecoje; si el instinto de conservación no se ha proyectado al de perpetuación y continuado en éste, pidiendo con tumultos de alma la existencia imposible de un Dios que nos consuele del horror al absoluto anonadamiento tampoco se podrá registrar en el espíritu la desesperación de unas frases que se retuercen bajo el peso de ese espanto. Un idiota tampoco podrá comprender la concepción del filósofo.

Ahora si el que se sumerge en un libro lo hace con el propósito único de encontrar un algo determinado, y no lo que en él se halla, la incomprensión es insincera. Si de un libro de versos se trata, el punto de mira será la forma, y si ésta choca con el oído tradicional, el habitual, el que se usa para el tambor militar o el otro, sencillamente hay que cerrarse al contenido.

Se abren las orejas, se las agranda mucho, cuidando antes de esconder el corazón y el cerebro, y se siente y se piensa con ellas, con las orejas. Ante todo el sonido, señor. El sonsonete acostumbrado es fisiológico; el inhabitual no es humano: viene de fuera del hombre y del mundo! Es lo que ha pasado con la poesía de este gran poeta vasco-español; se han enredado en la forma, y no saben aún cómo libertarse de sus propios excedentes de pabellones, ¡los del criterio amplio! Y ni siquiera ven que la métrica usada en «Poesías» es la tradicional, con sólo una nueva combinación de los metros corrientes: pentasilabo, heptasilabo y endecasílabo. No se convencen de que a este poeta sólo lo preocupa el pensar, el sentir; que «piensa como respira con cadencia orgánica»; y se dan en suponerlo atareado por ansias de originalidad formal, a él, que lleva la originalidad dentro del cerebro.

Es indudable que en los versos de Unamuno, como en los de cualquier poeta pequeño o grande, hay muchas cosas perdidas, demás. Porque es uno de sus capitales defectos el alargar las composiciones y el libro hasta darles proporciones que no debieron tener en provecho de lo intenso. Y así en sus *Poesías*, como en su *Rosario de sonetos líricos* que acaba de aparecer, hay — mucho más en éste que en aquéllas — una innumerable serie de trabajos que debieron ser suprimidos sin misericordia, porque en ellos *dice* las cosas y no nos las hace sentir. Y hay, sobre todo, en su *Rosario* abundancia, más bien casi totalidad de *temas*, y los temas sabido es que son buscados y no algo que se impone por su propia fuerza, y por lo mismo no pue-

den dar jugo poético. Ha *hecho* sonetos, y como el género es artificioso de por sí, artificioso ha resultado el tomo. Apenas, y con trabajo, se encuentran allí catorce: — «La vida de la muerte», «Ojos sin luz», «Portugal», «Un patriota», «Días de siervo albedrío», «Siémbrate», «La sangre del espíritu», «A mi buitres», «Irresignación», «A Nietzsche», «Sol de invierno», «Pasado y Porvenir», «Dulce silencioso pensamiento», y «Non serviam» — que den la sensación que él quiso comunicar, y que de cualquier manera son inferiores a algunos de los que ya nos había presentado en su primer libro. Y es porque ni su espíritu ni su poesía pueden caber en esta estrofa.

Pero en «Poesías» es otra cosa. Allí se siente la robusta vitalidad de una inmensa alma de gran poeta, y nadie de cuantos han escrito en castellano lo supera. La sensación honda, la recia musculatura del pensamiento, la visión profunda, todo lo ha puesto en versos que parecen romperse con la propia energía interior. Allí es personal, exajeradamente personal, sin mostrar reminiscencias de nadie; repitiéndose acaso con relación a lo que en sus otras obras ha dicho; pero con el admirable acierto de los contados que se dan todos enteros e idénticos en dos instantes iguales. Y esto tiene su explicación en lo que antes dijimos. No conocemos otro escritor que se haya trazado una más rica autobiografía interna. Recorred sus ensayos, sus escritos todos, sus poesías, y veréis cómo nadie ha podido encarnar mejor la agitación orgánica del momento, aprovechar más cantidad de instantes-cumbres, todos

fuertemente ligados por la unidad del Yo que fluye bajo la frase.

Como ha vivido horas inmensas, ha logrado comunicarnos, por eso mismo, la tormentosa inquietud que nos sobrecoje al considerar que con las mudas de edades se transforman o mueren queridos ideales y sentimientos, que en la ancianidad habrán perdido su densidad los *Yos* más intensos a que nutrió nuestra sangre joven y en los que fuimos más realmente; por eso en *Cuando yo sea viejo* es humano y es hondo:

«Cuando yo sea viejo
no sentiré mis cantos, estos cantos,
ni serán a mi oído
mas que voces de un muerto
aún siendo de los muertos el más mío.

.....

El alma que aquí dejo
un día para mí se irá al abismo;
no sentiré mis cantos;
recojeréis vosotros su sentido».

Anticipándonos a lo que nos halagará en los helados y monótonos instantes de la ancianidad, instantes de renuncia de tanta visión bella, haremos nuestras sus palabras para pedirnos a «vosotros, no nacidos en mayoría acaso», que no digáis con ellas, cuando nos veáis defender como más nuestro lo que entonces no tuvimos.

«¿Suyo?—diréis—No! del que fué en un tiempo
y hoy le es extraño ya, casi enemigo;
al dejárnoslo aquí, en estos cantos,
de él se desprendió, y aquí está vivo».

.....

porque

«De éste que ahora me soy y me respiro
sabrán, cierto, los jóvenes de entonces
más que yo, si a este yo me sobrevivo».

Por una estrecha coordinación de conceptos, pasa a comunicarnos el dolor de saber que morirá antes que la propia obra, y en *Para después de mi muerte* dice al lector:

«Tuyas serán estas palabras mías
que sonarán acaso
desde otra boca
sobre mi polvo,
sin que las oiga yo que soy su fuente».

..... :

«Acaso resonéis, dulces palabras,
en el aire en que floten
en polvo estos oídos
que ahora están midiéndoos el paso!

.....

Cuando yo ya no sea,
serás tú, canto mío!»

¿Habéis sentido la desesperación infinita y amarga que nos martillea las entrañas del espíritu cuando nos detenemos a considerar el sentido de la vida sobre la base del misterio de ultratumba? ¿No os habéis sentido enteramente doloridos frente a la desaparición completa de nuestro Yo, Yo que no puede resignarse a un total naufragio en los abismos del no ser? ¿Habéis, entonces, erizados de angustia, pedido a toda garganta de alma la necesidad de un ¿Dios que llene la vuestra de poder sentirnos viviendo en la eternidad de los tiempos? ¿Habéis sentido esa pena

«una sola, infinita, soberana,
la pena de vivir llevando al Todo
temblando ante la Nada?»

Leed, entonces, el «Salmo I» y el «Libértate, Señor»:

«¡Fantasma de mi pecho dolorido;
proyección de mi espíritu al remoto
más allá de las últimas estrellas;
mi yo infinito
sustantación del eternal anhelo,
sueño de la congoja,
dinos si eres!

.....
Mira, Señor, que va a rayar el alba
y estoy cansado de luchar contigo
como Jacob lo estuvo!

«Ciérrame los oídos
ciérramelos con tu palabra inmensa,

que no oiga los quejidos
de los pobres esclavos de la tierra!...
que al llegar sus murmullos a mi pecho,
al entrar en mi selva,
me rompen la quietud!

.....

Callaron los esclavos...
están durmiendo...
callaron los esclavos...
en silencio te rezan sin saberlo...
mientras duermen te rezan,
es oración su sueño.. »

¿Conocéis otro poeta que dé más entera esta sensación de todo un cuerpo hecho dolorosa oración ante el gran enigma?

«Oh, no poder decir lo que se muere
en sagrado secreto,
antes de haber nacido
en el sepulcro cuna de lo eterno!
Cantar lo que no cabe
ni en palabras ni en tonos es mi empeño,
y decirte, mi amor, aquí; al oído
mi corazón entero,
con su ritmo sin música, ni letra,
con todo su silencio!

(«Por dentro»).

Este poeta, este gran poeta, de espíritu amplísimo por lo mismo que es poeta, ha sentido y expresado

también como nadie la emoción desgarradora que nos inunda el ánimo en presencia de la agonía de un animal encariñado con nosotros, y que en medio de sus dolores finales carga sus ojos de una expresión atormentadora en la que nos pide algo que lo alivie, sin poderlo decir con lengua humana. («Elegía en la muerte de un perro»).

«Moriste con tus ojos
 en mis ojos clavados,
 talvez buscando en éstos el misterio
 que te envolvía.
 Y tus pupilas tristes
 a expiar avezadas mis deseos,
 preguntar parecían:
 ¿a dónde vamos, mi amo?
 A dónde vamos?
 El vivir con el hombre, pobre bestia,
 te ha dado acaso un anhelar oscuro
 que el lobo no conoce;
 talvez cuando acostabas la cabeza
 en mi regazo
 vagamente soñabas en ser hombre
 después de muerto!
 Ser hombre, pobre bestia!

.....

El otro mundo!
 otro... otro y no éste!
 Un mundo sin el perro,
 sin las montañas blandas,

sin los serenos ríos
a que flanquean los serenos árboles,
sin pájaros ni flores,
sin perros, sin caballos,
sin bueyes que aran . . .

.....
Pero allí ¿no tendremos
en torno de nuestra alma
las almas de las cosas de que vive:
el alma de los campos,
las almas de las rocas,
las almas de los árboles y ríos,
las de las bestias?»

En la poesía *En una ciudad extranjera*, a propósito de
un perro que ve pasar, dice:

«Y él me recuerda
la hermandad que nos ata a los humanos.
Lo que nos une
son las yerbas, los árboles, los frutos
y son las bestias
que a nuestro recio arbitrio soyugamos;
lo que nos une
no son los corazones, son las obras.
Tú das tu fruto,
yo doy el mío,
los cambiamos y nace
la hermandad que nos une.
Las cosas, no los hombres,
hicieron de nosotros un linaje;

es la casa que habitas
 y que antes otro como tú habitara.
 Ven, perro amigo,
 obrero de hermandad entre los hombres,
 pues tú nos unes
 más que nosotros mismos nos unimos
 de propio impulso».

Y en otra de sus composiciones, este grito:

«No cierres mis heridas—mis sentidos—
 al infinito abiertas, ..
 sangrando anhelo»

(«Música»).

Pensamiento y pasión son sus características; pasión inquietante, desconcertadora, ansiosa, amarga; chorean sus versos, y de ahí acaso la sequedad que le reprochan, sin que por eso pueda decirse que carecen de imágenes bellas; las cuales, si no abundantes, las tiene profundas, densas y oportunas:

«Vida! La vida es un morir continuo,
 es como el río
 en que unas mismas aguas
 jamás se asientan
 y es siempre el mismo.
 En el cristal de las fluyentes linfas
 se retraían los árboles del margen
 que en ellas tiemblan,

y ni un momento a la temblona imagen
la misma agua sustenta»

(«La elegía eterna»).

Y en esta misma composición, al hablarnos del correr y pasar irreparable del tiempo, que nos traerá los años y la muerte, nos muestra con gran potencia de angustia el ansia rabiosa de aferrarnos a la vida que a todos nos domina:

«Con las manos crispadas te agarras
a la crin del caballo,
no quieres soltarla
y él corre y más corre,
corre desbocado
cuanto tú más le aprietas
con más loco paso!»

Peró basta ya. Podríamos, así, seguir analizando tantas otras poesías de igual mérito. — *Nubes de misterio*, *Libertad final*, *Cruzando un lugar*, *A sus ojos*, *La huella de sangre de fuego*, *Mi niño*, *Id con Dios*, *Muere en el mar el ave*, etc; que necesitaríamos el doble del espacio que una revista puede proporcionar. Hay ya de sobra para justificar la calidad de poeta enorme en que tengo a Unamuno; inmenso, único y hondo, a pesar de las protestas de todos los tartamudos espirituales.

El mismo perfectamente lleno de su conciencia, pudo legítimamente esclamar en un raptó de supremo orgullo:

«Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica».

«Del tiempo en la corriente fugitiva
flotan sueltas las raíces de mis hechos,
mientras las de mis cantos prenden firmes
en la rocosa entraña de lo eterno».

(«Salamanca»).

ERNESTO A. GUZMÁN.



Poesías de Unamuno

La huella de sangre de fuego.

Seguidme! Qué? no veis la ruta acaso?
no oís mi voz? tembláis ante el desierto?
las estrellas no veis? Va vuestro paso
sin rumbo cierto!

«Dónde está —respondéis—, dónde el camino?
No bien pasas se borran de él tus huellas,
y no hemos de esperar nuestro destino
de las estrellas.

Siembra algo en él, pues vas tú muy de prisa.
Clava de trecho en trecho piedra de hito
buscárnoslo equivale a la requisa
del infinito.»

Pero es que aquí nada tengo ahora a mano,
nada con qué marcaros vuestro rumbo;
habréis de caminar al azar vano,
de tumbo en tumbo.

Pero, sí, esperad, traigo un cuchillo,
sangre en el corazón, fuerza en el brazo,
señalaros sendero me es sencillo,
con firme trazo.

Lo veis? Con él me rasgo las entrañas,
las derramo fundidas por el suelo,
conmigo irá la huella, a las montañas,
subirá al cielo!

De mi sangre podréis seguir el hilo,
por donde voy sangrando es la vereda,
y allá donde yo muera, es vuestro asilo.
y allí la queda.

Voy sembrándome yo todo y entero
por llano, monte, piedras, polvo y lodo,
yo, yo mismo, yo soy vuestro sendero,
tomadme todo!

De la divina estrella que es mi norte
la luz toda en mi sangre aquí os dejo,
no la véis cómo brota? no os importe
yo soy su espejo!

Nunca, alma desdeñosa, tú, cobarde,
buscaste adormecerte en el sosiego;
deje tu corazón que en sangre arde
rastros de fuego!

Agua sacó Moisés de seca roca,
yo quiero con mi sangre marcar tierra,

fuego quiero que caiga de mi boca
sobre la tierra.

Sangre de fuego que la roca escalda...
la montaña os estorba? un trabajo
de dolor me costó, más veo su falda
quebrada en tajo.

Esa estrella que allá, desde la cumbre,
frío, apagado os manda su destello
metiόμε al corazón toda su lumbre,
sangra por ello!

«Una de tantas—me decís—, se anega
su luz del cielo en el inmenso coro»
No sabéis ver; la inmensidad os ciega
con polvo de oro.

Vosotros no tenéis estrella propia;
la polar, a su vez, se os oscurece;
tenéis que caminar sobre la copia
que en mí florece.

Quien la estrella no ve si hace día,
ni de su dulce luz siente la brasa
dentro del pecho, no puede ese ser guía,
quédese en casa.

Os dejo de mi sangre en el reguero
la luz, cernida en mí, de esa mí estrella,
ved cómo a quien debéis vuestro sendero
no es sino a ella.

SALMO I

EXODO XXXIII, 20.

Señor, Señor, ¿por qué consientes
que te nieguen ateos?
¿Por qué, Señor, no te nos muestras
sin velos, sin engaños?
¿Por qué, Señor, nos dejas en la duda,
duda de muerte?
¿Por qué te escondes?
¿Por qué encendiste en nuestro pecho el ansia
de conocerte,
el ansia de que existas,
para velarte así a nuestras miradas?
¿Dónde estás, mi Señor; acaso existes?
¿Eres tú creación de mi congoja,
o lo soy tuya?
¿Por qué, Señor, nos dejas
vagar sin rumbo
buscando nuestro objeto?
¿Por qué hiciste la vida?
¿Qué significa todo, qué sentido
tienen los seres?
¿Cómo del pozo eterno de las lágrimas,
del mar de las angustias,
de la herencia de penas y tormentos
no has despertado?
Señor, ¿por qué no existes?
¿dónde te escondes?
Te buscamos y te hurtas,

te llamamos y callas,
te queremos y Tú, Señor, no quieres
decir: ¡vedme, mis hijos!
Una señal, Señor, una tan sólo,
una que acabe
con todos los ateos de la tierra;
una que dé sentido
a esta sómbria vida que arrastramos.
¿Qué hay más allá, Señor, de nuestra vida?
Si Tú, Señor. existes,
dí ¡por qué y para qué, dí tu sentido!
dí ¡por qué todo!
¿No pudo bien no haber habido nada
ni Tú, ni mundo?
¡Di el por qué del por qué, Dios de silencio!
Está en el aire todo,
no hay cimiento ninguno
y todo vanidad de vanidades.
«Coge el día» nos dice
con mundano saber aquel romano
que buscó la virtud fuera de extremos,
medianía dorada
e ir viviendo... ¿qué vida?
«¡Coge el día!» y nos coge
ese día a nosotros,
y así esclavos del tiempo nos rendimos.
¿Tú, Señor, nos hiciste
para que a ti te hagamos,
o es que te hacemos
para que tú nos hagas?
¿Dónde está el suelo firme, dónde?

¿Dónde está la roca de la vida, dónde?
¿Dónde está lo absoluto?
Lo absoluto, lo suelto, lo sin traba
no ha de entrabarse
ni al corazón ni a la cabeza nuestras!
Pero . . . ¿es que existe?
¿Dónde hallaré sosiego?
¿Dónde descanso?
Fantasma de mi pecho dolorido;
proyección de mi espíritu al remoto
más allá de las últimas estrellas;
mi yo infinito;
sustanciación del eternal anhelo;
sueño de la congoja;
Padre, Hijo del alma;
oh, Tú, a quien negamos afirmando
y negando afirmamos
¡dinos si eres!
Quiero verte, Señor, y morir luego,
morir del todo;
pero verte, Señor, verte la cara,
¡saber que eres!
¡saber que vives!
Mirame con tus ojos,
ojos que abrasan.
¡Mirame y que te vea!
¡que te vea, Señor, y morir luego!
Si hay un Dios de los hombres,
el más allá, ¿qué nos importa, hermanos?
Morir para que Él viva,
para que Él sea.

Pero, Señor, «yo soy»! dínos tan sólo,
dínos «yo soy»! para que en paz muramos,
no en soledad terrible,
sino en tus brazos!

Pero dínos que eres,
sácanos de la duda
que mata el alma!

Del Sináí desgarras las tinieblas
y enciende nuestros rostros
como a Moisés al rostro le encendiste;
baja, Señor, a nuestro tabernáculo;
rompe la nube,
desparrama tu gloria por el mundo
y en ella nos auega;
que muramos, Señor, de ver tu cara
de haberte visto!

«Quien a Dios vé se muere»
dicen que has dicho Tú, Dios de silencio;
que muramos de verte
y luego haz de nosotros lo que quieras!
Mira, Señor, que va a rayar el alba
y estoy cansado de luchar contigo
como Jacobo lo estuvo!

¡Dime tu nombre!

¡Tu nombre, que es tu esencia!

Dame consuelo!

¡dime que eres!

Dame, Señor, tu Espíritu divino,
para que al fin te vea!

El espíritu todo lo escudriña
aún de Dios lo profundo.

Tú sólo te conoces.
Tú sólo sabes que eres.
Decir «yo soy»! ¿quién puede a boca llena
sino Tú sólo?
Dinos «yo soy»!, Señor, que te lo oigamos,
sin velo de misterio,
sin enigma ninguno!
Razón del Universo, ¿dónde habitas?
¿por qué sufrimos?
¿por qué nacemos?
Ya de tanto buscarte
perdimos el camino de la vida
el que a ti lleva
si es, oh mi Dios, que vives.
Erramos sin ventura,
sin sosiego y sin norte,
perdidos en un nudo de tinieblas,
con los piés destrozados,
manando sangre,
desfallecido el pecho,
y en él el corazón pidiendo muerte.
Ve, ya no puedo más, de aquí no paso,
de aquí no sigo,
yo ya no puedo más, ¡oh Dios sin nombre!
Ya no te busco,
ya no puedo moverme, estoy rendido:
aquí, Señor, te espero,
aquí te aguardo,
en el umbral tendido de la puerta
cerrada con tu llave.
Yo te llamé, grité, lloré afligido,

te di mil voces;
llamé y no abriste,
no abriste a mi agonía;
aquí, Señor, me quedo,
sentado en el umbral como un mendigo
que aguarda una limosna;
aquí te aguardo.
Tú me abrirás la puerta cuando muera,
la puerta de la muerte,
y entonces la verdad veré de lleno,
sabré si Tú eres
o dormiré en tu tumba.

MI NIÑO

Sus ojos, sus ojos de cielo cerraba
al peso del cielo;
sonrisa en los labios,
sonrisa en los labios abiertos...
Las manos cruzadas,
cruzadas las manos,
quedóse mi niño dormido...
Y junto a la cuna, velando su sueño,
quedéme dormido,
velando a mi niño...
con mi sueño velando
su sueño tranquilo.
Soñé que subía,
subía yo al cielo
en alas llevado
de mi pequeñuelo,

de mi dulce niño.
Henchíame todo
el cielo infinito;
eran luz mis entrañas,
eran luz que llenaba mi cuerpo,
mi cuerpo rendido.
De negro y de oro
me ví revestido,
del negro de noche serena
y del aureo polvo que viste
el lacteo camino.
De mi niño en las alas deshice
de mi vida el curso,
remontando hacia atrás a los días
en que era yo niño.
En mi boca sentía ya el gusto
del pecho bendito,
y de pronto sentí *dcsnacerme*
tras leve quejido...!
En el cielo inmenso,
en el cielo inmenso quedéme absorvido
en el cielo inmenso,
en mi hogar celestial difundido...!
Y de pronto despierto con ansias...
¡lloraba mi niño!
Y me puse a cunarle cantando:
alma mía... mi niño... mi niño...

VIZCAYA

Las montañas de mi tierra
en el mar se miran,
y los robles que las visten
salina respiran.

De mi tierra el mar bravío
briza a las montañas,
y ellas se duermen sintiendo
mar en las entrañas.

¡Oh mi Vizcaya marina
tierra montañesa,
besan al cielo tus cumbres
y el mar te besa!

Tu hondo mar y tus montañas
llevo yo en mi mismo,
copa me diste en los cielos
raíz en el abismo.

(De *Poesías*).



A don Miguel de Unamuno

Por su libro *Vida de Don Quijote y Sancho*

Este donquijotesco
Don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen Manchego. Don Miguel camina,
ginete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura,
sin miedo de la lengua que malsina.

A un pueblo de arrieros,
de chuzos y tahures y logreros
dicta lecciones de caballería.

Y el alma desalmada de su raza,
que bajo el golpe de su ferrea maza
aún duerme, puede que despierte un día.

Quiere enseñar el ceño de la duda
antes de que cabalgue, al caballero;
cual nuevo Hamlet, a mirar desnuda
cerca del corazón la hoja de acero.

Tiene el aliento de una stirpe fuerte
que soñó más allá de sus hogares,
y que el oro buscó tras de los mares.
El señala la gloria tras la muerte.
Quiere ser fundador y dice: Creo,
Dios y adelante el ánima española...
Y es tan bueno y mejor que fué Loyola:
Sabe a Jesús y escupe al fariseo.

ANTONIO MACHADO.



Noticias de la República de las Letras

Si viviésemos en el Setecientos, y aquí hubiese salones y hubiese literatura, lo que entonces se llamaba literatura, y damas, lo que entonces se llamaba damas, y filósofos, lo que entonces se llamaba filósofos, circularían ya, so capa o tras de abanico, en múltiples volanderas copias manuales, ciertos epigramas sabrosos que han redactado y no publicado todavía dos hijos dalgos vizcaínos: don Octavio y don Luis de Izaro, sobre figuras del mejor mundo de Bilbao y de sus colonias.

Se copia en *Las Obras y los Dias*, sólo para muestra, este retrato del rector:

«Don Miguel de Unamuno, el que regía
la ciudad invisible en Salamanca,
la ciudad alta, solitaria y blanca
como la torre de la letanía.

¡Alza el hierro derecho de tu lanza
don Miguel, sobre todos los Quijotes!
La insula queda para Sancho Panza.
Tú guarda la ciudad, mientras te alcanza
esa pedrada de los galeotes».

Brindo a los autores, mis amigos, un título bueno para la excelente colección. Podría llamarse: *Los Juncos Pensadores*. Y llevar por lema y explicación la máxima pascaliana, con su alusión doble a la fragilidad triste y a la noble grandeza: *L'homme est un roseau pensant*.

EUGENIO D'ORS.



Miguel de Unamuno

La recia envergadura de este vasco estupendo desde lo más profundo de nuestra estirpe arranca. Tiene un ritmo salvaje y un resplandor tremendo en su prosa robusta, paradójal y franca.

En la Universidad que dejó floreciendo detrás de él va Fray Luis como una sombra blanca Y murmuran los siglos: mientras siga escribiendo será siempre Unamuno Rector de Salamanca.

Desde Montevideo, ciudad cosmopolita he seguido la hipérbole de su prosa inaudita. Como escribo poesías, me es simpático el mote

de agorero que tiene. Y a veces lo imagino rudamente forjado con el barro divino de aquel otro Miguel, hijo de Don Quijote.

EMILIO ORIBE.

(De *El Castillo Interior*, Poesías).



Párrafos de una carta

Universidad de Salamanca, 29—IV—13.

.....

Mis batallas en el teatro merecerían todo un capítulo. Tengo tres dramas, dos en tres actos y uno en uno. Y lucho con cómicos y danzantes. Mi empeño mayor está puesto en una *Fedra* que es una modernización de la tragedia de Eurípides y de Racine. No queda de ella sino el argumento inicial escueto, la madrastra que se enamora del hijastro, lo solicita, es repulsada y en su furor pasional denuncia a su marido que es el propio hijo de este quien la solicita, encizaña a padre e hijo provocando su ruptura, el mozo se va de casa y ella se suicida.

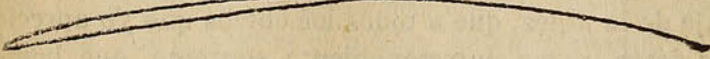
Fuera de esto lo demás es nuevo en mi tragedia. Mis personajes son de ahora y mi *Fedra* una *Fedra* cristiana. He querido hacer un drama, y de pasión rugiente, donde hoy se hacen casi todos de ingenio. Y un drama desnudo. Un mínimo de personajes, no más que seis y solo tres capitales, la misma decoración para los tres actos (la mejor una sábana por fondo y tres sillas), trajes los de la calle, nada de episodios ni digresiones y lo menos posible de retórica. Una pasión en carne

viva. La cosa es fuerte y recia. Primero me dijeron los cómicos que era muy crudo y le aseguro que es ello muy casto. Lo que hay es que esta gente se asusta del desnudo y no del desvestido, representa verdaderas indecencias pero no sabe dar solemnidad trágica a la pasión. Si yo fuese más joven y estuviese en otra posición social era capaz de hacer, vestido de mujer, el papel de Fedra ante un auditorio de monjas seguro de no escandalizarlas y si conmoverlas. Pero luego vi que la actriz que había de hacer la Fedra echaba de menos una muerte en escena, pantomímica, con ojos en blanco. Y yo lo que más odio en el teatro es la pantomima. Hay que acostumbrar a la gente a que vaya al teatro a ver, si, pero más que a ver a oír. Y los que no quieran oír y solo ver que se vayan a un cine. La pantomima, lo cinematográfico es la muerte del teatro como literatura. Las muertes en escena, y todo lo patológico—ataques de nervios, "de locura, etc.—me resulta insoportable. Pero los cómicos, como saben decir, quieren lucirse con pantomimas y hasta con píruetas y volatines. Y si un actor sabe por acaso rebuznar exige del autor que invente una situación en que pueda colocarse un rebuzno. Más por mi parte les he hecho saber que no escribo a la medida de sus gustos o sus habilidades. Para esta labor de confección dramática ahí está Marquina que recorta papeles a la medida y talle de la Guerrero. Vea usted, pues, la batalla en que me he metido. Más espero que acaso este año mismo estrene Tallaví, u otro, uno o dos de mis dramas. *Fedra* es el que más a pechos tomo. Pero el otro, *El pasado que vuelve* acaso guste más. Es más

variado, más episódico, más sencillo. Trascurren 25 años de acto a acto. Un joven de 25 años en el primero es padre, con 50, en el segundo, y abuelo, con 75, en el tercero. Aparecen hasta cuatro generaciones: en el primer acto el jefe de la familia, que luego ya no aparece, y en el 3.º su bieznieto. Es también algo violento. El argumento es cosa algo complicada de contar. Y hasta que se estrenen no quiero publicarlos. Proyecto luego escribir otra tragedia en verso, en el verso más desnudo posible.

.....

Miguel de Unamuno



UNAMUNO

—Cuando apenas tendría diez años me sorprendió agradablemente el bombardeo de mi pueblo—Bilbao—, y digo agradablemente, porque no puede usted darse idea de una cosa más divertida para un chicuelo cuya inconsciencia no abarca el desastre... Vamos, tan tangible está entre mis añejos recuerdos este pasaje de la niñez, que a todos los chicos que yo aprecio les deseo, como entretenimiento supremo, que bombardeen sus pueblos, ¡claro que no teniendo más que diez años!...

Estábamos en el dormitorio donde se hospedaba don Miguel de Unamuno, en la Residencia de Estudiantes... Esta hermosa institución está situada en la calle de Fortuny. Es un hotelito de plácido encanto... Llamáis tirando de un cordón de hierro... En la lejanía suena la campana... El maravilloso sol os contempla en la puerta mientras que esperáis. Una pulcra doncellita vestida de negro, con su delantal blanco, que se ahueca almidonado como las alas de una paloma, abre la verja... Entre fronda de hiedra, campanillas y adelfas que, apasionadas, trepan por todas partes, atravesáis el jardín por un paseíto ondulante que os conduce hasta el edificio, elevado coquetonamente en el centro

del jardín. En vuestro camino os habréis tropezado con grupos de estudiantes mozos que conversan, pasean o discuten... Y en seguida, el cuarto del Rector de la Universidad de Salamanca, quien, por no separarse de la loca y tumultuosa alegría estudiantil, hasta cuando viene a la corte quiere convivir con ellos.

El dormitorio de don Miguel es la celda de un cenobita. La cama no es precisamente el cómodo y rico lecho de limoncillo o de caoba, sino un pequeño catre de pino.

De la misma madera son las tres sillas y la mesita donde acaba de escribir don Miguel una carta para López Ballesteros. Y completa el mobiliario de esta habitación una percha; de ella está colgada la pelliza azul y el sombrero pavelo de don Miguel. Por una gran ventana, que cae sobre el jardín, entra placentero sol y piar de pajarillos.

Unamuno está sentado frente a nosotros; sólo nos separa la mesita donde yo tomo notas; nos habla casi con soltura, a ratos con rudeza, con virilidad, y es tan elocuente y tan nerviosa su charla, que a veces involucra asuntos distintos... Los dardos más agudos de su gallarda ironía salen de sus labios con tan gentil ingenio y gracia que nos hace reír... El, serio..., serio siempre; de vez en cuando hace una parada y nos bucea, al través de sus gafas de oro, con una mirada vivísima, penetrando con sus negros y redondos ojillos, de ave nocturna, hasta el rincón más recóndito de nuestra alma. Después sigue hablando.

—En el Instituto de Bilbao hice el grado, y el año 80 vine a Madrid a estudiar; entré aquí llorando...

Madrid me abrumaba... Recuerdo que fui a parar a la casa de Astrarena, y allá, en mi modesto cuartillo, me pasé, transido de amargura, las horas más tristes de mi vida... ¡Oh, no se me olvidará!... Prefiriría morirme a volver a la edad de los diez y seis a los veinticuatro años. Es verdad que ésa es la peor edad, la más peligrosa para el hombre: a esa edad nos acometen las preocupaciones de salud—todos creemos estar tísicos—, crisis de creencias, disparates románticos, crisis de pubertad, los estudios, la aguda nostalgia del terruño, la opresión de la conciencia de nuestra insignificancia, en fin, mil destructores del alma; por eso casi todos los muchachos se malogran a esa edad; raro es el que consigue resistir los embates... Luego, para mí, vino el tiempo de las oposiciones a cátedras: ¡hice cinco!... Una a Psicología, Lógica y Ética; dos a Latín; una a Metafísica, y por último, gané la de Griego.

—¿Quién presidía el Tribunal en la de Griego?

—Lo presidía Menendez y Pelayo, y formaba parte de él Varela.

—Sigamos con su juventud.

—Ya poco queda. Me casé en Bilbao; entré de catedrático en Salamanca el año 91, teniendo yo veintisiete años, y luego, en 1901—¡nó!, en 1900,—me hicieron Rector, y entonces comencé a explicar, además de Literatura griega, Gramática histórica casteliana.

—¿Quiere usted decirme cómo acostumbra a dar clase?...

—De una forma absolutamente práctica. Yo no comprendo cómo un señor se queda tan satisfecho de sus alumnos después de haberles colocado un discurso que

no lleva más finalidad que entrenarse en la palabra. Esa forma de enseñanza tiene que desaparecer. Yo empleo el método de muchas traducciones y muchas lecturas y escrituras. Que el discípulo se convenza de que no hay más remedio que no quedarse atrás.

Hicimos un silencio; durante él ofrecimos un cigarro a D. Miguel. Él lo rechazó, deteniendo nuestro movimiento con la palma de mano.

—Gracias; no he fumado jamás.

Volvimos a nuestro interrogatorio.

—Y durante su juventud, D. Miguel, ¿fué usted ateneísta?...

—No, señor. Yo he ido poco al Ateneo... Iba algo más, pero no mucho, al Ateneo viejo de la calle de la Montera. Y ¿sabe usted lo primero que leí yo allí? Un sermón que al pobre Eusebio Blasco le horrorizó y que fué muy comentado. Lo titulaba *Nicodemus el fariseo*.

—¿Es cierto que prepara usted obras teatrales?...

—Cierto. Tengo, para que lo estrene la Xirgú, una tragedia griega con personajes modernos; se titula *Fedra*. Una cosa con la menos retórica posible; obra para que se defienda sin decorado y sin vestuario... Se la leí a la Guerrero y se asustó, porque aquí en España, asusta el desnudo; en cambio el desvestido nó.

—¿Cuántos libros lleva usted publicados?...

—Unos quince. Ahora, en este trimestre, publicaré tres más: *Niebla*, *El Cristo de Velázquez* y otro de poesías.

—¿Le ha producido a usted mucho la literatura?

—La pluma no produce en España a nadie nada; yo suelo decir que con el dinero que me traen las cuartillas solo tengo para merendar.

—¿Qué opina usted sobre la enseñanza en España?

—Eso de la enseñanza en España es una cuestión de ética. No creo que se tenga que legislar mucho, sino cumplir lo legislado... Que no se tomen las cátedras como trampolín para fines políticos. Allí, en Salamanca, yo me jacto de decir que, sin ser la Universidad modelo, es la más disciplinada de todas, donde hay más amor a la enseñanza y donde más se estudia. Allí el profesorado es algo mejor y, por lo menos, da clase diariamente. Y al que no, le reintegro la paga, como ya he hecho con dos. Entre paréntesis le diré a usted que esto es posible que me traiga muy malas consecuencias. Bueno. Pero es que la cuestión de enseñanza no estriba más que en una cuestión de ética: cumplir y hacer cumplir con la obligación. Yo creo que el profesorado español no sabe mucho; pero si enseñara lo que sabe, ya nos podríamos dar por satisfechos. Por lo pronto urge una selección de profesores; hay infinidad que están caducos; muchos, que están locos; otros, tontos, y casi todos, como si se hubiesen muerto, porque no aparecen por la cátedra; y a esos hay que echarlos, por inercia, y traer gente que coma la ración, pero que dé vueltas a la noria. Si los estudiantes, en vez de ir a las huelgas sin objeto, sin finalidad práctica, fueran a la huelga cuando el profesor no les enseñase, entonces esos catedráticos no existirían.

—¿Me quiere usted decir cuáles son sus convicciones religiosas?

—Que ni yo sé en qué pienso ni en qué creo... Eso

es un asunto del orden sentimental. Le tengo mucho miedo a ciertas cosas, y sobre todo, a morirme... Pero en cuestiones religiosas, no pongo gran empeño en llegar a una convicción; prefiero luchar.

—Pero una creencia determinada tendrá usted...

—No sé... no sé. Aquí en España somos católicos hasta los ateos... Yo, digan lo que digan, creo que tenemos ante la vista, para resolver, un problema religioso, no un problema de gobierno eclesiástico, sino estrictamente religioso.

—¿Es cierto que tiene usted proyectado un viaje a América?

—Le diré a usted. Yo pienso ir; no sé todavía cuándo, pero, cuando quiera que sea, iré con cierta seriedad, nunca en calidad de oso blanco, al precio de cincuenta centavos la entrada. Iré por mi cuenta y riesgo. ¿No le parece esto más serio?...

—En efecto. Y dígame usted, D. Miguel, ¿qué juicio tiene usted formado sobre la vida literaria en España?...

—Por lo pronto, que he adquirido la triste idea de que la mayor parte de los literatos españoles lo mejor es leerlos y no tratarlos. Aparte de esto, es una cosa triste que las letras en este país no le produzcan al que las cultiva lo suficiente para vivir y tenga que estar a caza de un destino o de un hueco en la política en vez de ilustrarse. Así no puede ser; por eso leemos a muchos que escriben con gran soltura y dominio y da lástima ver que no tienen cultura alguna... A mi juicio, en lírica estamos muy bien, en conjunto; es más, creo sinceramente que no haya habido época mejor.

Sonaron unos golpecitos en la puerta del cuarto, y la doncellita anunció al simpatiquísimo e ilustre doctor D. Angel Pulido.

Entonces nos apresuramos a hacer al sabio Rector de la Universidad de Salamanca nuestra última pregunta:

—¿Vendrá usted por fin al Senado?...

—No lo sé...; es posible; si me traen, vendré; ahora bien, a lo que no me presto es a hacer elecciones.

Dijo, y salió a recibir al doctor Pulido.

EL CABALLERO AUDAZ.

(De *Lo que se por mí. Confesiones del siglo. Primera Serie*).



Don Miguel de Unamuno

Inútil anhelo sería querer formar con algunos rasgos generales el hermes simbólico de este gran escritor de contradictorias virtudes. Para trazar la espiritual efigie de este admirable D. Miguel, tan antitético consigo mismo, combativo como un soldado, austero y fervoroso como su paisano Ignacio de Loyola, y tan jovial a veces como las criaturas que no tienen fe, sería preciso agotar todo el yeso y todo el carbón y aun todo el mármol que hubiese en el taller. Y aun todo ello sería insuficiente para trazar una acertada imagen de este raro escritor, al cual pueden aplicarse todos los epítetos y del que hay que hablar siempre con reservas como de esos países en los cuales se dan todos los climas y sazonan toda clase de frutos. Como de una espiritual región en la que el cielo cambia a cada instante y en la que el tiempo se abre a todos los prodigios fugitivos de las traviesas horas, así este escritor cuya complejidad mental traspasa todas las zonas de la clasificación y cuyo genio ha florecido en todos los círculos del pensamiento, en las áridas cumbres metafísicas y en las ardientes playas de la inquietud. Evocar la figura de D. Miguel de Unamuno

es como remontarse a la misteriosa fuente de muchos ríos de pensamiento que hemos visto fluir caudalosos por amplias llanuras floridas y que en esta montaña maternal han tenido su alumbramiento recóndito, entre breñas sin flor. D. Miguel de Unamuno ha sido en estos tiempos la rosa central de todos los vientos del espíritu y él representa por sí sólo la historia de las ideas estéticas y filosóficas en España durante los últimos veinte años, tan interesantes y tan colmados como un siglo. Inquieto y activo siempre, siempre en el centro de todos los círculos espirituales y en el foco de todas las parábolas del sentimiento; semejante a una de aquellas antiguas islas—tal la de Delos divina—que se dejaban arrastrar por el viento sobre los mares, todas las modernas orientaciones le han encontrado en su camino; y pocas serán las modernas ideas que no hayan levantado su vuelo matinal sobre sus surcos o que no se hayan detenido largamente bajo su cielo.

Novelista, poeta, humanista, cultivador del *ensayo*, a lo Macaulay y Emerson, autor de artículos periodísticos, ningún género literario le ha sido extraño y en todos ellos ha dejado impresa su huella, como dejó el heraclidia la suya perdurable en las piedras de Grecia. Espíritu originalísimo, como lo sería una primavera que renovase cada vez toda su flora; con un cerebro tan cambiante y diverso como un corazón que dispone cada vez su forma con un arte nuevo y da a las ideas la belleza voluble y ociosa de los trópicos sentimentales; y con un temperamento plástico y ardiente como la lava, cada género literario se ha convertido en una

cosa nueva bajo su dominio y toda masa ha cambiado de forma bajo su mano inquieta. Así, la novela, que por la fuerza plástica de su mente dejó de ser un cuadro de costumbres, un espejo paseado a lo largo de un camino o de un estado de alma, para convertirse en un ensayo de ideología práctica, en una propedéutica de las ideas, como en Ganivet. Así la poesía, que se despoja de su última pompa retórica, la más tenue y sutil y de su último atavío mundano y de su última música vana—la que se oye desde los jardines negros de una casa en fiesta—para convertirse en una confianza terriblemente íntima, religiosa y humana. Y así todos los géneros de las antiguas preceptivas. El movimiento renovador de 1898, el movimiento ideológico al que sigue como su reflejo estético el renacimiento literario de 1900, tiene su más formidable conciencia y su más fiero campeón en este profesor de humanidades que apadrina con su autoridad doctoral las extravagancias de los jóvenes y refuerza con sólida doctrina sus rebeldes gestos alocados. D. Miguel de Unamuno es como un fuerte padre de la Iglesia del espíritu nuevo, su más autorizado definidor, su defensor más grave, como investido con la pesada capa pluvial de los obispos, que hace más solemne su gesto sin cohibir lo más mínimo su alada ligereza espiritual. Fogoso y apasionado como un San Agustín; lleno de gravedad doctoral y de ardor juvenil, D. Miguel de Unamuno es como un padre de la Iglesia al cual acude en demanda de una confirmación en la fe, la tímida juventud de los neófitos. Villaespesa, Manuel Machado, y con ellos todos los nuevos, todos los que

entonces son raros y reciben los anatemas del vulgo, se acogen al amplio gesto pontifical de D. Miguel para que su ciencia de todas las cosas les absuelva de sus supuestas herejías literarias y justifique con sus altas razones metafísicas la razón juvenil de sus atrevimientos. Y D. Miguel les absuelve y les justifica en el concilio de la retórica tradicional y les unge con su óleo de consagraciones ante el pueblo innúmero. Así, Manuel Machado, gran poeta siempre, es consagrado gran poeta para el público desde las columnas de *Heraldo de Madrid* por D. Miguel de Unamuno y ya nadie duda de su genio.

D. Miguel de Unamuno, que ya no es un joven, cuando se inicia el momento juvenil de 1900, está al frente de estos jóvenes iconoclastas y supera por la maravillosa juventud insatisfecha de su espíritu y por su vivo anhelo de novedad las audacias más audaces de estos nuevos. Ninguno de ellos tan rebelde ni tan raro como este colega de edad paternal que se ha ilustrado ya en la lucha contra las viejas ideas y se ha puesto frente a todo lo antiguo y aún frente a todo lo nuevo en esa brecha del tiempo que se llama 1898. El ha vivido los momentos intensísimos de esos años de lucha en unión de Maeztu y de Martínez Ruiz y de Baroja y él ha dicho las primeras palabras, de las que todas las demás han de ser la antiestrofa. El espíritu nuevo está en él luminoso y ardiente, con una llama que no ha de enfriarse tan pronto. Porque D. Miguel de Unamuno, hosco, duro y apasionado, tiene el temperamento batallador de los eternos heresiarcas y ha de encontrarse siempre frente a toda tendencia que

pretenda erigirse en Iglesia oficial. Ninguna red espiritual, aunque esté tejida de la más finas cuerdas líricas, podrá cautivar por mucho tiempo a este negro y fuerte pájaro selvático. Los preparadores de drogas no tendrán liga bastante para aprisionarle. Proteico y multiforme, este extraño escritor tiene el secreto de todos los efugios y sabe deslizarse seguramente por todas las vías evasivas. Esto que constituye, en un sentido, su flaqueza, constituye su fuerza en otro aspecto. D. Miguel de Unamuno ha dicho todo lo contradictorio; y ha agotado sobre los piélagos del tiempo, la suma de los contrarios que tienen su justificación plena en el término último. D. Miguel de Unamuno ha sido un creador de disonancias que aún esperan su último acorde congraciante. Y esto, que es un defecto, es también una virtud. Porque así puede armarse que D. Miguel de Unamuno ha gritado, en el recodo del tiempo, la palabra nueva y ha desvelado a los que dormían en los cuatro ángulos del tiempo, sobre las anchas piedras de la costumbre: ha sido el agujador incansable, que con fina arista inquieta hostiga los flancos de los tardos bueyes y los empuja hacia el lugar de las cosechas futuras; ha sido el anticipador de cada cosa, el matinal anunciador que cada noche, en el breve temblor que extremece los oscuros lauros, siente el hálito de la aurora nueva; y ha sido con la curva torcida de su pensamiento con la espiritual eclíptica, por cuyo influjo misterioso se cumple la precesión de nuestros equinoccios y cada vez la floración esperada brinda sus ramos primos en un signo más allá, del zodiaco.

Esta anticipación espiritual es una de las grandes virtudes de este singular escritor. D. Miguel de Unamuno ha ido siempre delante de los demás y aún delante de sí mismo. Siempre adelante, con el fervor de los argonautas, pero sin detenerse un instante para clamar por Hylas, la tierna idea perdida, la más bella. D. Miguel ha llevado siempre hacia delante su rebaño de ideas, sin detenerse a buscar a la extraviada. Con la mirada puesta en el término entrevisado de su órbita, como lleva sus estrellas la luna, pastora milenaria, así ha conducido él sus ideas, pensando que al final ya se encontrarán todas. Y alguna vez ha dicho algo parecido, contestando a los que le argumentaban con sus contradicciones. Siempre ha habido seres así, divinamente encargados de cuidar esas greyes de ideas y de aguijar sus costados para que no se detengan en un instante del tránsito misterioso. Y esa es la misión que entre nosotros ha cumplido este escritor en el que la pasión espiritual se ha hecho viva como una pasión afectiva y la inquietud del intelecto reviste las formas de una inquietud cordial. Dijérase que la eterna Sofía, de los gnósticos, que en un espejo fué mostrada a Fausto, la eterna vijera, se ha acogido a los penates de Unamuno y se ha infundido su mismo afán nómada. Con su eterna paradoja, con sus antinomias sempiternas, D. Miguel de Unamuno ha recorrido todas las escalas del ensamamiento, aún las que se cuelgan de las estrías; y, heroico funámbulo, ha dado saltos mortales en el vacío. Esta paradoja unamunesca, tan jovial y ligera, en cuya compañía realiza D. Miguel los más riesga-

dos juegos sobre la cuerda floja, tendida en el vacío, es una de las criaturas más serias que conozco. ¡Qué enormemente seria es esta paradoja unamunesca que juega con lo más serio, con la vida y con la muerte y nos hace sentir el escalofrío de quien vióse a un coro de simios jugando con los cálices sacros! Pero esta paradoja unamunesca, aunque ríe con maligno aire alegre, no es un simio, sino la hija más infortunada del antropopíteco original, la más consciente y por eso la más triste. Hay instantes en que D. Miguel de Unamuno, este hombre que diserta de todo con la ebcuencia y la ironía de un griego; este hombre modernísimo, colocado más allá de las últimas columna del instante presente; nutrido con los más acres nepentes de la embriaguez nietzscheana, nos muestra una severa efigie egipcia, que parece mirarnos por entre las hojas de loto esculpidas en los hipogeos.

Peque este pensador que aparenta jugar con tan liger gracia con su coro de ideas, como con bellas y fugacs núbiles que no se piensa en desposar, está en el fondo seriamente apasionada de ellas: y Galatea, lasciva muchacha, le ha herido en medio del pecho con su nanzana más fragante. Este fiero intelectual, que de odo duda y que nunca aceptó la servidumbre de ningún sistema; este formidable crítico que se especializa en ese género de los ensayos semi-filosóficos, semi-literarios en que solo se muestran los aspectos el eterno problema y florecen las opiniones sin cuaja nunca en dogmáticos frutos; este griego, sabio en tdas las hermenéuticas e iniciado por curiosidad en tdos los misterios, es en realidad un grave

egipcio, semejante a aquellos sacerdotes con que conversó Herodoto y que decían de los griegos—son unos niños.—Como un egipcio de la gran época, de la gran época del misterio, no del racionalista ciclo ptolémico, D. Miguel de Unamuno, en las horas solemnes, piensa de sí mismo:—Soy un niño.—Son esos los instantes en que escribe o piensa sus páginas más videntes y sutiles, aquellas en que no es superado por ningún otro; en que su acre humorismo se hace tierno como la caricia más humana y en que la paradoja bebe su vino ligero gravemente junto a los sarcófagos; aquellas páginas que no pueden leerse sin sentir el largo escalofrío misterioso que nos advierte que hemos pasado un ecuador y que las constelaciones amigas nos han abandonado. En esos instantes Don Miguel que, como un griego de la buena época es un batallador inquieto; el intelectual formidable que cada intuición de un momento ha afirmado con el mismo calor que si se tratase de un viejo dogma, llamado a perdurar y del que nuestros modernísimos intelectuales han aprendido el gesto duro y soberbio con que afirman los fueros del cerebralismo; el caudillo terrible de las ideas que con la voz autoritaria de un señor de horca y cuchillo ha gritado a las muchedumbres rezagadas para sacarlas de su sueño; este farático del intelectualismo en quien reviven los furiosos evangelizantes de otra edad, nos muestra su certero tierno como un corazón harto de amor y nos descubre su congoja íntima ante las estrellas de la media noche como cualquier sentimental. No se pueden leer sin emoción esas páginas en que Unamuno nos habla de

sus inquietudes ultraterrenas, de la congoja de su *yó* mortal. Hubo un tiempo en que Unamuno, pasada ya la juventud, casado, padre de ocho hijos, en medio del camino de la vida, sintió el terror del término y del acabamiento final y lanzó a todos los vientos los gritos de su *yó* perecedero que no se resignaba a morir. La angustia metafísica del más allá se convirtió entonces en una inquietud personal y vivísima; en la angustia del que no se resigna a abandonar el espectáculo efímero ni a dejar tantas raíces de su alma huídas en lo pasado irrevocable. La inquietud metafísica fué entonces la inquietud del hombre y del padre. Y entonces pudimos convencernos todos de que este fiero intelectual tenía un gran corazón.

Entonces se justificó también la excesiva preocupación que de su *yó* tuvo siempre este D. Miguel de Unamuno, que alguna vez por ello fué acaso algo molesto para los seres de personalidad mediana. Este gran escritor tan personal, hizose entonces como un personaje de tragedia, como un personaje simbólico, cuya alma recogía como un cáliz amplio todas nuestras inquietudes. El problema de ser o no ser tuvo entonces voces dignas de Shakespeare en aquellos soliloquios unamunescos, llenos de luces y de oscuridades de ultratumba. No era ya el *yó* de Unamuno el que clamaba y plañía ante la sombra alargada e inminente de la inevitable; eran los *yó* de toda la humana teora que, en actitudes encorvadas o enhiestas con su guirnáda de frescos años o sus hojas secas de ancianidad, se dirige hacia la estrecha puerta, los que clamaban en aquellos gritos de un hombre. Y todos

nos estremecíamos del mismo terror secundando el gesto del maestro que, allá en Salamanca, en su estancia llena de libros y de redomas de misteriosos filtros de sabiduría, prestaba oídos, como en *Fausto*, a las voces misteriosas de todos los espíritus y se afanaba por oír el festivo canto de resurrección.

El ansia humana y universal de vivir, la nostalgia eterna de las estrellas inmortales, tuvo entonces su expresión más viva en esta angustia de un hombre solo. El vivió por todos nosotros las congojas de la vida mediada; y en aquellos sus soliloquios, semejantes a monólogos shakespearinos, agotó todas las copas de la esperanza y del terror, que el hombre puede agotar antes de tocar la de la muerte. Todos los egoísmos anteriores del escritor quedaron elevados en este instante a la categoría de un sentimiento universal; y en el gran yó humano, que no se resignaba a morir quedó anegado y perdido el mezquino yó de uno solo. Entonces vióse cómo este hombre admirable es capaz de sentir la fuerza viva de las ideas y cómo todas sus divagaciones humorísticas eran efugios para un conflicto íntimo y apremiante. Entonces vióse cómo todas las ideas de este pensador eran sentidas en la carne y sufridas como pasiones. Y una lluvia de lágrimas empapó eficazmente la aridez intelectual de los conceptos.

Porque este D. Miguel, extraño, tan rido y árido a veces, tan intelectual en apariencia, tan metafísico como un filósofo germánico, era en el fondo un meridional apasionado en quien las ideas tenían tanta fuerza como los afectos y los conflictos ideológicos se

planteaban como conflictos pasionales. Era un filósofo a la española, ardiente y vivo, lleno de ardorosa fe momentánea, de voladora exaltación; no sereno y ecléctico, a la manera de los pensadores franceses que toman el té de las cinco hablando de la inmortalidad del alma con señoras descotadas. Era algo más nuestro que Antonio Azorín, el apacible razonador. Era el filósofo de una raza mediterránea, apasionada y sensual, ávida de ofrendas totales y tangibles, de realidad carnal y no de sutiles ideales.

Cuando D. Miguel de Unamuno no se avenía a una inmortalidad sin conciencia de la vida anterior, sin memoria y sin personalidad—tal como nos la promete Maeterlinck en *Sagesse*—; cuando no se avenía a esta inmortalidad impersonal, semejante a un largo cambio de máscaras y gritaba que él quería ser siempre Don Miguel de Unamuno, expresaba el anhelo íntimo de toda una raza de hombres mediterráneos, sensuales y positivos, enormemente personales que más de una vez dijeron ante el destino—todo o nada—. Y véase cómo este D. Miguel, tan extraño y abigarrado, tan cantábrico y europeo, pudo capacitarse para recoger la representación de su pueblo; y reivindicar, sin sonrojo, la famosa afirmación de que Africa empieza en los Pirineos; y cortar con un seco gesto el excesivo entusiasmo de los europeizantes.

No fué un capricho efímero el que hizo a Unamuno proclamar en un instante de su vida nuestra ascendencia africana y nuestra fraternidad con los bereberes moghrebinos, dando así nacimiento a una teoría que después y emancipada de la tutela de su proge-

tor ha servido de arma para nuestros fines coloniales —véanse las predicaciones del doctor Maestre y de todos nuestros colonizadores sentimentales. No fué un capricho efímero de este pensador tan tornadizo por la múltiple voluntad de sus ideas; sino un sentimiento vivo de la personalidad ancestral el que movió a este cántabro a afirmar la perenne verdad de nuestro iberismo, que luego el marqués de Dos-Fuentes ha escrito en una bandera política, recamada con toda clase de textos. No una veleidad intelectual, sino un sentimiento profundo, con todas las fuerzas de la vida sentido el que a este cántabro, moreno y rudo, hijo legítimo por la figura de nuestros más auténticos padres, llevó a afirmar frente a Europa la perennidad de nuestra esencia ibera. Hablaron por él en tal momento los héroes antiguos inmolados sobre la dura gloria latina en los muros de Numancia incendiada y de Sagunto destruida; y también los comuneros sacrificados al Cesar extranjero en Villalar. Habló, en fin, nuestra alma con una fuerza de que no se la creía capaz. Habló su verbo y se vislumbraron nuevos horizontes, después del desastre. Toda una literatura nacionalista ha ampliado luego el gesto del maestro y ha ensalzado en las obras del citado marqués de Dos-Fuentes y de su hermano Luis Anton de Olmet, este genio ibero, por él invocado. Toda una parte de nuestra prensa ha seguido esta orientación españolista; y hasta un viejo partido, el conservador, ha intentado vivificarse en las aguas de esta fontana de juventud, de perenne juventud ibérica.

Y véase cómo este genio unamunesco tan complejo,

ha podido ser una vez el espejo de nuestro genio español. Pero lo ha sido también otras veces; en las páginas de sus libros ha resucitado media España muerta y ha iluminado media España desconocida. Su significación primordial ha sido—como en Baroja y *Azorín*—, continuar el renacimiento ideológico español iniciado por Ganivet, del que fué contemporáneo—en su *Ideario* y en *Los trabajos de Pío Cid*, y *La conquista del reino de Maya*. De este extraordinario pensador, rara gloria nuestra, parte el anhelo de desentrañar la psicología española y de investigar nuestra España ignorada, nuestra España central olvidada por las veleidades conquistadoras; anhelo que luego forma la urdimbre en las apasionadas devanaderas de Baroja y de Unamuno y en el claro telar silencioso de Martínez Ruiz. Obras como «Camino de perfección», «La Voluntad» y «Silvestre Paradox», constituyen la prolongación lógica de «Los trabajos de Pío Cid» y «La conquista del reino de Maya», libros admirables que nunca serán puestos con bastante devoción sobre nuestras frentes. También Unamuno contribuye a esta labor de exégesis de nuestra historia y de recuento de nuestras muertas energías vivas. También él, como Baroja en «Camino de perfección» y como *Azorín* en «Los pueblos», recorre nuestras viejas ciudades continuando en el tiempo las intenciones de Pío Cid, prototipo de todos estos aventurosos caminantes.

Si *Azorín* y Baroja nos descubren a Castilla, Unamuno nos descubre a esa región de las Urdes, tan misteriosa en que vive un pueblo que apenas sí llegó nunca a ser español. En aquellos páramos dormidos, Una-

munero da la voz del tiempo nuevo y tiene un gesto saturniano, como si el viejo dios de las horas se inclinase sobre su coro más lejano y perdido. Unamuno nos descubre las Hurdes y agranda la simbólica piel de toro, añadiéndole una región que, es como el reino de Maya, y aguarda todavía su Pío Cid. Pero la intención de Ganivet se enriquece fructuosamente con dádivas de un genio tan complejo como el suyo. Unamuno nos da la exégesis más luminosa de *El Quijote* en su admirable comentario del libro inmortal que se tituló «El Ingenioso Hidalgo D. Miguel de Cervantes», y en el que la exégesis menuda de los cervantistas eruditos calla para que se manifieste todo el humanismo de ese evangelio humano. Y en sus novelas de las que—Amor y pedagogía—es el prototipo, recoge la orientación ideológica de Ganivet, remozando los viejos moldes novelescos y haciendo prolífica la intención de «Los trabajos de Pío Cid», creadora de un género literario que sea como una ideología práctica, como un trabajo de alta educación espiritual, al estilo de esas obras que estuvieron en boga a fines del siglo XVIII; pero con mayor suma de voluntades estéticas. Puede decirse que esa serie de obras que se completan en el tiempo unidas por lazos tan sutiles como el que sostiene en nuestro zodiaco los distantes ramilletes astrales de la doble constelación de los peces; esa serie que forman «Los trabajos de Pío de Cid», «Camino de perfección», «Los pueblos», «España», «Voluntad», «Paradox Rey», constituyen una serie de tentativas genésicas para crear un tipo de español moderno; superior por su evolución intelectual a todas las incidencias del destino y

una serie de malogrados ensueños paternales del superhombre español, lleno de conocimiento, de voluntad y de energía, conforme a lo que pide el nuevo espíritu de la época. Al cumplimiento de este ensueño, malogrado en *Azorín* por el grito de ¡Viva la bagatela!, y que en Baroja, por su *Paradox, rey* alcanza su más alargada efigie, coopera Unamuno, avivando el sentido nacional con sus continuas parentesis y sus excitaciones a una mayor atención espiritual para todos los problemas. El modo libre de su procedimiento novelesco, basado en la voluntad ideológica, es ya una lección suficiente. Esta técnica suelta y libre, no sujeta a la realidad, no encadenada ni al paisaje ni al ambiente, en el que la idea ordenadora lo es todo, alcanza su más libre expresión en *Niebla*, en este libro admirable en que todas las preceptivas son burladas y en que un desenfadado novelista nos muestra, como en cartones anatómicos, las vísceras más íntimas de la novela y sus reconditeces más vitales. Este admirable libro, que sería único si no existiesen *Las aventuras de Tristram Shandy*, de Sterne, es el intento más serio que se ha hecho entre nosotros para liberar a la novela de todas las fórmulas rituales, para identificarla con la vida, sustituyendo el espejo sthendaliano por la vida misma. Es la abolición de la novela como género literario definido, abriéndole en cambio nuevas vías y modos, a la manera como se practica en los ensanches de las viejas ciudades. Es un momento culminante y crítico de la metamorfosis de la novela, que ya no podrá ser lo que fué y que ha perdido toda su seriedad enfática y sus vanos fueros experimentales para con-

vertirse en un modo de razonar más libre. ¿Quién podrá tomar ya en serio a la novela psicológica ni a la novela experimental, después de la formidable burla de esta ejemplar novela, urdida sin argumento ni cánones escolásticos, por un sinuoso hilo de veleidades ideológicas?

Niebla marca el más libre grado de desenvolvimiento de este humorismo unamunescos, cuya función es abrir nuevas posibilidades y modos a todas las formas conocidas. El mérito principal de Unamuno en esto está: en dar a cada cosa su prolongación inesperada, su vago más allá. Toda idea, toda cosa, al pasar por el intelecto de este escritor, se ensanchará en un nuevo aspecto, encontrará una inesperada hermana. No puntos de vista definitivos, no verdades eternas: siempre nuevos puntos de vista, nuevas verdades efímeras. Así ha cumplido la sentencia nietzscheana: «La verdad de hoy es la mentira de mañana». Y así ha cumplido el inquieto anhelo de renovación del super hombre, que inspiró la fórmula d'annunziana: «O rinnovarsi o morire». Cada modo de discurrir, cada género literario se convierte así en algo nuevo e inesperado bajo la fuerza plástica de este espíritu singular. Su poesía misma tiene toda su virtud en este rompimiento de horizontes inesperados, que constituye en muchos casos su humorismo, un humorismo superior al campoamoriano. La antítesis romántica, que fué en su tiempo la última palabra y la última mirada del genio, se enriquece aquí con un tercer término inesperado, inefable y conciliador. Y tenemos siempre lo humano y lo divino y lo humano otra vez. Esta trinidad de

elementos, en que una nueva ala se añade a las dos de los serafines románticos; este triple acorde, en que todo lo fundamental se resume y hermana: estas tres dimensiones constituyen la esencia del genio unamuneco, lo que pone toda su labor intelectual y estética a cubierto de todas las fluctuaciones del tiempo y del gusto y la hace apta para cernerse sobre todos los aires. Pasará mucho tiempo antes que un nuevo término pueda ser añadido a esta trilogía de elementos fundamentales. Los futuristas que ahora se afanan por descubrir una cuarta dimensión, sin lograrlo, y cuyo representante es entre nosotros Ramón Gómez de la Serna, no han superado todavía este tercer término, que es como el más agudo promontorio adelantado sobre los mares desconocidos.

Unamuno representa hoy por hoy el paso más avanzado hacia esa complejidad integral de que un día será capaz el espíritu humano. En él más que en ningún otro tenemos el arte más en consonancia con la época de los rascacielos y los aeroplanos. Nadie ha ido más allá que él en la expedición argonáutica por el nuevo epíteto y por la nueva gracia: nadie ha formado con la palabra más raras y complicadas teorías ni más inesperadas combinaciones con las ideas. Su poesía es la última voz de las lirias; más bien, el primer silencio de las lirias ante la voz del alma. Nadie, excepto, acaso, Antonio Machado, le iguala en el arte de enunciar los más graves misterios. Nadie como él ha sabido unir los sentimientos y las ideas en enlace tan patético y tan prolífico. Nadie ha llevado más allá la mental sutileza y la finura senti-

mental, humanizando la emoción literaria y haciéndola grave y fuerte. Nadie ha despreciado tanto la retórica, haciendo de la palabra en flor un recio fruto. La estética de Unamuno no es un jardín de bellas palabras, como la de Valle-Inclán, sino un vergel de fructificaciones. Un vergel de oscuros tonos sombríos, demasiado austero quizá para los que aman los merenderos del Domingo; pero desde el cual se vislumbran todas las estrellas conocidas y hasta las que sólo brillan sobre el otro hemisferio. Y ante estas constelaciones que anuncian el alfa del Centauro, don Miguel de Unamuno, espíritu de los dos hemisferios, simbólico hortelano, sabio en todo clase de injertos, se yergue como la última columna hercúlea, límite por el momento de todas las ambiciones imaginativas y filosóficas.

R. CANSINOS ASSENS.

(De *La Nueva Literatura* (1898—1900—1916) Primer Volumen).



Fragmentos de un estudio

.....

IX

Muy distanciados de estas retorsiones exageradas nos encontramos en la última y acaso más perfecta obra de Unamuno: *Vida de Don Quijote y Sancho*. Aquí todo es recogimiento, unción, gravedad, *pensamiento serio*, si puede hablarse así. Pensamiento serio y jugoso y abundante. Tan abundante, que yo pienso hacer algún día un *Glosario de la glosa unamunesca*; tan preñadas, como diría el autor de *Tres ensayos*, se me han aparecido estas páginas llenas de revelaciones, donde se junta la ideología con el diario íntimo y hasta el dato científico con la aspiración mística. Pensamiento tan jugoso y abundante palpita y bulle bajo las páginas de este libro, que con las simples acotaciones marginales que le he puesto—y permítaseme aportar este detalle personalísimo— y congruamente desenvueltas, se tendría la materia de varios volúmenes. Sólo los grandes libros tienen la virtud ésta de sugerir otros libros. Me excuso, pues, de pasar al minucioso examen de cada una de sus partes, no con banales disculpas de

apremios especiales, sino con la honrada y exacta disculpa de que el comentar página por página este asombroso libro—la adjetivación no me asiste bien o *me fait défaut*, como dicen más gráficamente los franceses—daría materia para un relleno volúmen. Hay obras que es preciso seguir paso a paso y observar punto por punto, tilde por tilde; pues de lo contrario, en ojeada general, parecerían insignificantes; otras, en cambio, pueden examinarse a vista de pájaro para apreciar de su magnificencia, porque la tienen y muy relevante; bien que sea posible asimismo inquirir todos sus detalles y fijar la atención en cada resalte, aún en el más mínimo, sin que ellas pierdan nada de su magnitud. *A vista de pájaro*: nunca mejor que con esta llana frase pudiera caracterizarse un modo de crítica que conviene especialmente a ciertas obras. Porque así como el águila, desde las arreboladas regiones donde mora, no percibe sino las altas torres de las catedrales y los encrespados picos de las montañas y para conocer las humildes viviendas burguesas, habrá de bajar y escrutar, curiosa y avizora, sus últimos recodos:—así existen ciertas obras artísticas que sin peligro puede uno contemplar a gran altura: otras que no se aprecian bien con una mirada de conjunto; por fin, algunas—sin duda las más completas—en las que pueden distintamente ejercerse ambos métodos, si no por forzosa e imperativa obligación, al menos por vía de curiosidad.

Y hay además en esta obra, para más significarla, algo que yo llamaré la corrección del humorismo. Ya no se usan de aquellos toques desabridos y ásperos; ya

abunda la punta de ironía fina, más a la francesa según se puede ver en aquella afirmación del capítulo I:

«Que Cervantes no lo hiciera (dice hablando del escudriño del linaje quijotal), no nos ha de sorprender; pues al fin creía que cada cual es hijo de sus obras y que se va haciendo según vive y obra; pero que no lo hagan estos inquiridores que para explicar el ingenio de un héroe husmean si fué su padre gotoso, catarroso o tuerto, me choca mucho y sólo me lo explico suponiendo que viven *en la tan esparcida cuando nefanda creencia* de que don Quijote no es sino ente ficticio y fantástico, como si fuera hacedero a humana fantasía el parir tan *estupenda* figura». O, si lo preferís, tomad como modelo de esta melificación del protervo humorismo que en otras obras de Unamuno parecía lívido, convulso, desencajado como un moribundo y ahora es risueño, rosado y todo lleno de luz como un recién nacido:—tomad como modelo, digoos, otro cualquier párrafo, que los hay a millares en el libro. Es este un libro hermoso, que no admite comparación con los anteriores del autor, por muy buenos que ellos sean—sino es en la unción mística con algo de los *Paisajes*, y es un libro hermoso porque es romántico, pero no de manera empalagosa y lacrimosa, sino altamente lírica, que invita a las hazañas y las caballeridades. Libro altamente confortador y entusiasta ahora cuando nos hacen falta renacimientos de entusiasmos para no ahogarnos en esta asfixiante atmósfera de practicismo que nos crea la asquerosa sociología y la insoportable Biblioteca Alcán—tan destestada por este mismo paradojal Unamuno. Libro donde encontramos, en vez de

las sutilezas a veces ingeniosas y a veces retorcidas y engoladas de *Amor y Pedagogía*, un sano optimismo, un aliento de noble idealidad y una exuberancia de raptos líricos sugeridos por el *leit-motiv* del libro, la Gloria, de los cuales, a pesar de tropezarse en abundancia, extraigo estos tan sentidos y ardientes: «Pégame tu locura, don Quijote mío, pégamela por entero. Y luego que me llamen soberbio o lo que quieran. No quiero buscar el provecho que ellos buscan. Que digan: ¿qué querrá? ¿qué busca? y conjeturando por los suyos, no encuentren mis caminos. Ellos buscan el provecho de esta vida perecedera y se aduermen en la rutinera creencia de la otra; a mí, mi don Quijote, déjame luchar conmigo mismo, ¡déjame sufrir! Guárdense para sí aspiraciones de diputado provincial; a mí dame tu Clavileño, y aunque no me mueva del suelo, sueñe en él subir a los cielos del aire y del fuego imperecederos. ¡Alma de mi alma, corazón de mi vida insaciable, sed de eternidad é infinitud! sé mi pan de cada día. ¿Hábil? No; hábil, no; no, no quiero ser hábil. No quiero ser razonable según esa miserable razón que da de comer a los vividores; ¡enloquéeme, mi don Quijote! ¡Viva don Quijote! ¡viva don Quijote muerto! ¡viva don Quijote! ¡Regálame tu locura, eterno don Quijote nuestro! Regálame tu locura y deja que en tu regazo me desahogue. Si supieras lo que sufro, don Quijote mío, entre estos paisanos cuyo repuesto todo de locura heroica te llevaste tú, dejándoles tan sólo la petulante presunción, que te perdía.» Así, en este tono altamente consolador y optimista, se sostiene todo el libro, soberbio de factura y meditado de fondo, tal

como no puede encontrarse otro entre los folletillos *ad hoc* perpetrados con motivo de este fallido Centenario. Junto con el de Navarro Ledesma, que representa el aspecto opuesto: el del *savoir faire* clásico y el del culto cervantesco—perdurará como único recuerdo del año 1905 este libro de Unamuno, donde se condensa el resultado de muchas meditaciones. Representa en la literatura, a propósito de Cervantes y del Quijote, una fase especial: la del libro quijotista. Me atrevo a decir, sin temor a engañarme, que es el primero de éstos; el primer libro que se ha escrito con los ojos fijos, no en el mérito de la obra literaria, por grande que sea, sino en las hazañas, ideas y aspiraciones del ingenioso Hidalgo, que es toda España la vieja. Todos los libros dignos de mencionarse sobre ésta, que, como se ha dicho, debiera ser la Biblia laica de todo español, versan acerca de Cervantes; están escritos por y para Cervantes. No hay obra que se exima de esto, llámese cargo o ventaja; desde el erudito Clemencin hasta el más flamante de los escritores del Centenario. El libro de Unamuno sólo podría comparársele en algunos respectos con el admirable estudio de Tourgueneff, *Hamlet y Don Quijote*, puramente quijotil, obra no de cervantófilo, que, como diría doña Emilia Pardo Bazán, desentraña hasta los últimos *voquibles*, sino de un hombre acometedor y hazañudo, caballero de la Orden del Ideal, perteneciente a ese gremio de cruzados silenciosos y bravos que aún abundan en el mundo mas de lo que se piensa; aunque la *Vida de Don Quijote y Sancho* tenga sobre la de Tourgueneff la ventaja que nadie le regateara de que, como español que es, y a

mas de eso psicólogo de enjundia, el autor de *Paz en la guerra* ha penetrado mas directamente en lo hondo de nuestro espíritu colectivo al estudiarlo a través de los pensares y sentires del infortunado y lamentable Caballero de la Triste Figura.

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO.

(De *Los Contemporáneos, Apuntes para una Historia de la Literatura Hispano Americana a principios del Siglo XX. Primera Serie*).



Páginas de Unamuno

El sepulcro de Don Quijote

Me preguntas, mi buen amigo, si sé la manera de desencadenar un delirio, un vértigo, una locura cualquiera sobre estas pobres muchedumbres ordenadas y tranquilas que nacen, comen, duermen, se reproducen y mueren. ¿No habrá un medio, me dices, de reproducir la epidemia de los flagelantes o la de los convulsionarios? Y me hablas del milenario.

Como tú siento yo con frecuencia la nostalgia de la Edad Media; como tú quisiera vivir entre los espasmos del milenario. Si consiguiéramos hacer creer que en un día dado, sea el 2 de Mayo de 1908 el centenario del grito de la independencia, se acababa para siempre España; que en ese día nos repartían como a borregos, creo que el día 3 de Mayo de 1908 sería el día más grande de nuestra historia, el amanecer de una nueva vida.

Esto es una miseria, una completa miseria. A nadie le importa nada de nada. Y cuando alguno trata de agitar aisladamente este o aquel problema, una u otra

cuestión, se lo atribuyen o a negocio o a afán de notoriedad y ansia de singularizarse.

No se comprende aquí ya ni la locura. Hasta del loco creen y dicen que lo será por tenerle su cuenta y razón. Lo de la razón de la sinrazón es ya un hecho para todos estos miserables. Si nuestro señor Don Quijote resucitara y volviese a esta su España andarian buscándole una segunda intención a sus nobles desvaríos. Si uno denuncia un abuso, persigue la injusticia, fustiga la ramplonería, se preguntan los esclavos: ¿qué irá buscando en eso? ¿A qué aspira? Unas veces creen y dicen que lo hace para que le tapen la boca con oro; otras que es por ruines sentimientos y bajas pasiones de vengativo o envidioso; otras que lo hace no más sino por meter ruido y que de él se hable, por vanagloria; otras que lo hace por divertirse y pasar el tiempo, por deporte. ¡Lástima grande que a tan pocos les dé por deportes semejantes!

Fíjate y observa. Ante un acto cualquiera de generosidad, de heroísmo, de locura, a todos esos estúpidos bachilleres, curas y barberos de hoy no se les ocurre sino preguntarse: ¿por qué lo hará? Y en cuanto creen haber descubierto la razón del acto — sea o no la que ellos se suponen — se dicen: ¡bah!, lo ha hecho por esto o por lo otro. En cuanto una cosa tiene razón de ser y ellos la conocen perdió todo su valor la cosa. Para eso les sirve la lógica, la cochina lógica.

Comprender es perdonar, se ha dicho. Y esos miserables necesitan comprender para perdonar el que se les humille, el que con hechos o palabras se les eche en cara su miseria, sin hablarles de ella.

Han llegado a preguntarse estúpidamente para qué hizo Dios el mundo, y se han contestado a sí mismos: ¡para su gloria!, y se han quedado tan orondos y satisfechos, como si los muy majaderos supieran qué es eso de la gloria de Dios.

Las cosas se hicieron primero, su para qué después. Que me den una idea nueva, cualquiera, sobre cualquier cosa, y ella me dirá después para qué sirve.

Alguna vez, cuando expongo algún proyecto, algo que me parece debía hacerse, algo, sobre todo, que debía decirse, no falta nunca quien me pregunte: «¿y después?» A preguntas tales no cabe otra respuesta que una repregunta. Y al «¿y después?» no hay sino dar de rebote un «¿y antes?».

No hay porvenir; nunca hay porvenir. Eso que llaman el porvenir es una de las más grandes mentiras. El verdadero porvenir es hoy. ¿Qué será de nosotros mañana? ¡No hay mañana! ¿Qué es de nosotros hoy, ahora? Esta es la única cuestión.

Y en cuanto a hoy, todos esos miserables están muy satisfechos porque hoy existen, y con existir les basta. La existencia, la pura y nuda existencia, llena su alma toda. No sienten que haya mas que existir.

¿Pero existen? ¿Existen de verdad? Yo creo que no; pues si existieran, si existieran de verdad, sufrirían de existir y no se contentarían con ello. Si real y verdaderamente existieran en el tiempo y el espacio sufrirían de no ser en lo eterno y lo infinito. Y este sufrimiento, esta pasión, que no es sino la pasión de Dios en nosotros. Dios que en nosotros sufre por sentirse preso en nuestra finitud y nuestra temporalidad, este divino sufri-

miento les haría romper todos esos menguados eslabones lógicos con que tratan de atar sus menguados recuerdos a sus menguadas esperanzas, la ilusión de su pasado a la ilusión de su porvenir.

¿Por qué hace eso? ¿Preguntó acaso nunca Sancho por qué hacía Don Quijote las cosas que hacía?

Y vuelta a lo mismo, a tu pregunta, a tu preocupación: ¿qué locura colectiva podríamos imbuir en estas pobres muchedumbres? ¿Qué delirio?

Tú mismo te has acercado a la solución en una de esas cartas con que me asaltas a preguntas. En ellas me decías: ¿no crees que se podría intentar alguna nueva cruzada?

Pues bien, sí; creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro de Don Quijote del poder de los bachilleres, curas, barberos, duques y canónigos que lo tienen ocupado. Creo que se puede intentar la santa cruzada de ir a rescatar el sepulcro del Caballero de la Locura del poder de los hidalgos de la Razón.

Defenderán, es natural, su usurpación y tratarán de probar con muchas y muy estudiadas razones que la guardia y custodia del sepulcro les corresponde. Lo guardan para que el Caballero no resucite.

A esas razones hay que contestar con insultos, con pedradas, con gritos de pasión, con botes de lanza. No hay que razonar con ellos. Si tratas de razonar frente a sus razones estás perdido.

Si te preguntan, como acostumbran, ¿con qué derecho reclamas el sepulcro?, no les contestes nada, que ya lo verán luego. Luego... tal vez cuando ni tú ni

ellos existáis ya, por lo menos en este mundo de las apariencias.

Y esta santa cruzada lleva una gran ventaja a aquellas otras santas cruzadas de que alboreó una nueva vida en este viejo mundo. Aquellos ardientes cruzados sabían dónde estaba el sepulcro de Cristo, dónde se decía que estaba, mientras que nuestros cruzados no sabrán dónde está el sepulcro de Don Quijote. Hay que buscarlo peleando por rescatarlo.

Tu locura quijotesca te ha llevado más de una vez a hablarme del quijotismo como de una nueva religión. Y a eso he de decirte que esa nueva religión que propones y de que me hablas, si llegara a cuajar, tendría dos singulares preeminencias. La una, que su fundador, su profeta, Don Quijote—no Cervantes, por supuesto—, no estamos seguros de que fuese un hombre real, de carne y hueso, sino que más bien sospechamos que fué una pura ficción. Y su otra preeminencia sería la de que ese profeta era un profeta ridículo, que fué la befa y el escarnio de las gentes.

Es el valor que más falta nos hace: el de afrontar el ridículo. El ridículo es el arma que manejan todos los miserables bachilleres, barberos, curas, canónigos y duques que guardan escondido el sepulcro del Caballero de la Locura. Caballero que hizo reír a todo el mundo, pero que nunca soltó un chiste. Tenía el alma demasiado grande para parir chistes. Hizo reír con su seriedad.

Empieza, pues, amigo, a hacer de Pedro el Ermitaño y llama a las gentes a que se te unan, se nos unan, y vayamos todos a rescatar ese sepulcro que no sabemos

dónde está. La cruzada misma nos revelará el sagrado lugar.

Verás cómo así que el sagrado escuadrón se ponga en marcha aparecerá en el cielo una estrella nueva, sólo visible para los cruzados, una estrella refulgente y sonora, que cantará un canto nuevo en esta larga noche que nos envuelve, y la estrella se pondrá en marcha en cuanto se ponga en marcha el escuadrón de los cruzados, y cuando hayan vencido en su cruzada, o cuando hayan sucumbido todos—que es acaso la manera única de vencer de veras—, la estrella caerá del cielo, y en el sitio en donde caiga allí está el sepulcro. El sepulcro está donde muera el escuadrón.

Y allí donde está el sepulcro, allí está la cuna, allí está el nido. Y de allí volverá a surgir la estrella refulgente y sonora, camino del cielo.

Y no me preguntes más, querido amigo. Cuando me haces hablar de estas cosas me haces que saque del fondo de mi alma, dolorida por la ramplonería ambiente que por todas partes me acosa y aprieta, dolorida por las salpicaduras del fango de mentira en que chapotamos, dolorida por los arañazos de la cobardía que nos envuelve, me haces que saque del fondo de mi alma dolorida las visiones sin razón, los conceptos sin lógica, las cosas que ni yo sé lo que quieren decir y menos quiero ponerme a averiguarlo.

¿Qué quieres decir con eso? — me preguntas más de una vez—. Y yo te respondo: ¿lo sé yo acaso?

¡No, mi buen amigo, no! Muchas de estas ocurrencias de mi espíritu que te confío ni yo sé lo que quieren decir, o, por lo menos, soy yo quien no lo sé. Hay

alguien dentro de mí que me las dicta, que me las dice. Le obedezco y no me adentro a verle la cara ni a preguntarle por su nombre. Sólo sé que si le viese la cara y si me dijiese su nombre me moriría yo para que viviese él.

Estoy avergonzado de haber alguna vez fingido entes de ficción, personajes novelescos, para poner en sus labios lo que no me atrevía a poner en los míos y hacerles decir como en broma lo que yo siento muy en serio.

Tú me conoces, tú, y sabes bien cuán lejos estoy de rebuscar adrede paradojas, extravagancias y singularidades, piensen lo que pensaren algunos majaderos. Tú y yo, mi buen amigo, mi único amigo absoluto, hemos hablado muchas veces, a solas, de lo que sea la locura, y hemos comentado aquello del *Brand* ibseniano, hijo de Kierkegaard, de que está loco el que está solo. Y hemos concordado en que una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, de todo el género humano acaso. En cuanto una alucinación se hace colectiva, se hace popular, se hace social, deja de ser alucinación para convertirse en una realidad, en algo que está fuera de cada uno de los que la comparten. Y tú y yo estamos de acuerdo en que hace falta llevar a las muchedumbres, llevar al pueblo, llevar a nuestro pueblo español una locura cualquiera, la locura de uno cualquiera de sus miembros que esté loco, pero loco de verdad y no de mentirijillas. Loco, y no tonto.

Tú y yo, mi buen amigo, nos hemos escandalizado ante eso que llaman aquí fanatismo, y que, por nues-

tra desgracia, no lo es. No; no es fanatismo nada que esté reglamentado y contenido y encauzado y dirigido por bachilleres, curas, barberos, canónigos y duques; no es fanatismo nada que lleve un pendón con fórmulas lógicas, nada que tenga programa, nada que se proponga para mañana un propósito que puede un orador desarrollar en un metódico discurso.

Una vez, ¿te acuerdas?, vimos a ocho o diez mozos reunirse y seguir a uno que les decía: ¡Vamos a hacer una barbaridad! Y eso es lo que tú y yo anhelamos, que el pueblo se apiñe y gritando ¡vamos a hacer una barbaridad! se pongan en marcha. Y si algún bachiller, algún barbero, algún cura, algún canónigo o algún duque les detuviese para decirles: «¡hijos míos!», está bien, os veo henchidos de heroísmo, llenos de santa indignación; también yo voy con vosotros; pero antes de ir todos, y yo con vosotros, a hacer esa barbaridad, ¿no os parece que debíamos ponernos de acuerdo respecto a la barbaridad que vamos a hacer? ¿Qué barbaridad va a ser esa?», si alguno de esos malandrines que he dicho les detuviese para decirles tal cosa, deberían derribarle al punto y pasar todos sobre él, pisoteándole, y ya empezaba la heroica barbaridad.

¿No crees, mi amigo, que hay por ahí muchas almas solitarias a las que el corazón les pide alguna barbaridad, algo de que revienten? Ve, pues, a ver si logras juntarlas y formar escuadrón con ellas y ponernos todos en marcha—porque yo iré con ellas y tras de tí—a rescatar el sepulcro de Don Quijote, que, gracias a Dios, no sabemos dónde está. Ya nos lo dirá la estrella refulgente y sonora.

Y ¿no será — me dices en tus horas de desaliento, cuando te vas de tí mismo —, no será que creyendo al ponernos en marcha caminar por campos y tierras, estemos dando vuelta en torno al mismo sitio? Entonces la estrella estará fija, quieta sobre nuestras cabezas y el sepulcro en nosotros. Y entonces la estrella caerá, pero caerá para venir a enterrarse en nuestras almas. Y nuestras almas se convertirán en luz, y fundidas todas en la estrella refulgente y sonora subirá ésta, más refulgente aún, convertida en un sol, en un sol de eterna melodía, a alumbrar el cielo de la patria redimida.

En marcha, pues. Y ten cuenta no se te metan en el sagrado escuadrón de los cruzados bachilleres, barberos, curas, canónigos o duques disfrazados de Sanchos. No importa que te pidan insulas; lo que debes hacer es expulsarlos en cuanto te pidan el itinerario de la marcha, en cuanto te hablen del programa, en cuanto te pregunten al oído, maliciosamente, que les digas hacia dónde cae el sepulcro. Sigue a la estrella. Y haz como el Caballero: endereza el entuerto que se te ponga delante. Ahora lo de ahora, y aquí lo de aquí.

¡Poneos en marcha! ¿Que adónde vais? La estrella os lo dirá: ¡al sepulcro! ¿Qué vamos a hacer en el camino, mientras marchamos? ¿Qué? ¡Luchar! Luchar, y ¿cómo?

¿Cómo? ¿Tropezáis con uno que miente?, gritarle a la cara: ¡mentira!, y ¡adelante! ¿Tropezais con uno que roba?, gritarle: ¡ladrón! y ¡adelante! ¿Tropezáis con uno que dice tonterías, a quien oye toda una muche-

dumbre con la boca abierta?, gritarles: ¡estúpidos!, y ¡adelante! ¡Adelante siempre!

¿Es que con eso—me dice uno a quien tú conoces y que ansía ser cruzado—, es que con eso se borra la mentira, ni el ladronicio, ni la tontería del mundo? ¿Quién ha dicho que no? La más miserable de todas las miserias, la más repugnante y apestosa argucia de la cobardía es esa de decir que nada se adelante con denunciar a un ladrón porque otros seguirán robando, que nada se logra con llamarle en su cara majadero al majadero, porque no por eso la majadería disminuirá en el mundo.

Sí, hay que repetirlo una y mil veces: con que una vez, una sola vez, acabases del todo y para siempre con un solo embustero, habríase acabado el embuste de una vez para siempre.

¡En marcha, pues! Y echa del sagrado escuadrón a todos los que empiecen á estudiar el paso que habrá de llevarse en la marcha y su compás y su ritmo. Sobre todo, ¡fuera con los que a todas horas andan con eso del ritmo! Te convertirían el escuadrón en una cuadrilla de baile, y la marcha en danza. ¡Fuera con ellos! Que se vayan a otra parte a cantar a la carne.

Esos que tratarían de convertirte el escuadrón de marcha en cuadrilla de baile se llaman a sí mismos, y los unos a los otros entre sí, poetas. No lo son. Son cualquier otra cosa. Esos no van al sepulcro sino por curiosidad, por ver cómo sea, en busca acaso de una sensación nueva, y por divertirse en el camino. ¡Fuera con ellos!

Esos son los que con su indulgencia de bohemios contribuyen a mantener la cobardía y la mentira y las miserias todas que nos anonadan. Cuando predicán libertad no piensan mas que en una: en la de disponer de la mujer del prójimo. Todo es en ellos sensualidad, y hasta de las ideas, de las grandes ideas, se enamoran sensualmente. Son incapaces de casarse con una grande y pura idea y criar familia de ella; no hacen sino amontonarse con las ideas. Las toman de queridas, menos aún, tal vez de compañeras de una noche. ¡Fuera con ellos!

Si alguien quiere cojer en el camino tal o cual florecilla que a su vera sonríe, cójela, pero de paso, sin detenerse, y siga al escuadrón, cuyo alférez no habrá de quitar ojo de la estrella refulgente y sonora. Y si se pone la florecilla en el peto sobre la coraza, no para verla él, sino para que se la vean, ¡fuera con él! Que se vaya, con su flor en el ojal, a bailar a otra parte.

Mira, amigo, si quieres cumplir tu misión y servir a tu patria es preciso que te hagas odioso a los muchachos sensibles que no ven el universo sino a través de los ojos de su novia. O algo peor aún. Que tus palabras sean estridentes y agrias a sus oídos.

El escuadrón no ha de detenerse sino de noche, junto al bosque o al abrigo de la montaña. Levantará allí sus tiendas, se lavarán los cruzados sus piés, cenarán lo que sus mujeres les hayan preparado, engendrarán luego un hijo en ellas, les darán un beso y se dormirán para recomenzar la marcha al siguiente día. Y cuando alguno se muera le dejarán a la vera del camino, amortajado en su armadura a merced de los

cuervos. Quede para los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos.

Si alguno intenta durante la marcha tocar pífano o dulzaina o caramillo o vihuela o lo que fuere, rómpele el instrumento y échale de filas, porque estorba a los demás oír el canto de la estrella. Y es, además, que él no la oye. Y quien no oiga el canto del cielo no debe ir en busca del sepulcro del Caballero.

Te hablarán esos danzantes de poesía. No les hagas caso. El que se pone a tocar su jeringa — que no es otra cosa la *syringa*—debajo del cielo, sin oír la música de las esferas, no merece que se le oiga. No conoce la abismática poesía del fanatismo; no conoce la inmensa poesía de los templos vacíos, sin luces, sin dorados, sin imágenes, sin pompas, sin aromas, sin nada de eso que llaman arte. Cuatro paredes lisas y un techo de tablas; un corralón cualquiera.

Echa del escuadrón a todos los danzantes de la jeringa. Échalos, antes de que se te vayan por un plato de alubias. Son filósofos cínicos, indulgentes, buenos muchachos, de los que todo lo comprenden y todo lo perdonan. Y el que todo lo comprende no comprende nada, y el que todo lo perdona nada perdona. No tienen escrúpulo en venderse. Como viven en dos mundos pueden guardar su libertad en el otro y esclavizarse en éste. Son a la vez estetas y perezistas o lopezistas o rodriguezistas.

Hace tiempo se dijo que el hambre y el amor son los dos resortes de la vida humana. De la baja vida humana, de la vida de tierra. Los danzantes no bailan sino por hambre o por amor; hambre de carne, amor

de carne también. Échalos de tu escuadrón, y que allí, en un prado, se harten de bailar mientras uno toca la jeringa, otro da palmaditas y otro canta a un plato de alubias o a los muslos de su querida de temporada. Y que allí inventen nuevas piruetas, nuevos trenzados de piés, nuevas figuras de rigodón.

Y si alguno te viniera diciendo que él sabe tender puentes y que acaso llegue ocasión en que se deba aprovechar sus conocimientos para pasar el río, ¡fuera con él! ¡Fuera el ingeniero! Los ríos se pasarán vadeándolos, o a nado, aunque se ahogue la mitad de los cruzados. Que se vaya el ingeniero a hacer puentes a otra parte, donde hacen mucha falta. Para ir en busca del sepulcro basta la fe como puente.



Si quieres, mi buen amigo, llenar tu vocación debidamente desconfía del arte, desconfía de la ciencia, por lo menos de eso que llaman arte y ciencia y no son sino mezquinos remedos del arte y de la ciencia verdaderos. Que te baste tu fe. Tu fe será tu arte, tu fe será tu ciencia.

He dudado más de una vez de que puedas cumplir tu obra al notar el cuidado que pones en escribir las cartas que me escribes. Hay en ellas, no pocas veces, tachaduras, enmiendas, correcciones, jeringazos. No es un chorro que brota violento, expulsando el tapón. Más de una vez tus cartas degeneran en literatura, en esa cochina literatura, aliada natural de todas las esclavitudes y de todas las miserias. Los esclavizado-

res saben bien que mientras está el esclavo cantando a la libertad se consuela de su esclavitud y no piensa en romper sus cadenas.

Pero otras veces recobro fe y esperanza en tí cuando siento bajo tus palabras atropelladas, improvisadas, cacofónicas, el temblar de tu voz dominada por la fiebre. Hay ocasiones en que puede decirse que ni están en un lenguaje determinado. Que cada cual lo traduzca al suyo.

Procura vivir en continuo vértigo pasional, dominado por una pasión cualquiera. Sólo los apasionados llevan a cabo obras verdaderamente duraderas y fecundas. Cuando oigas de alguien que es impecable, en cualquiera de los sentidos de esta estúpida palabra, huye de él; sobre todo si es artista. Así como el hombre más tonto es el que en su vida ha hecho ni dicho una tontería, así el artista menos poeta, el más antipoético —y entre los artistas abundan las naturalezas anti-poéticas—, es el artista impecable, el artista a quien decoran con la corona, de laurel de cartulina, de la impecabilidad los danzantes de la jeringa.

Te consume, mi pobre amigo, una fiebre incesante, una sed de océanos insondables y sin riberas, un hambre de universos y la morriña de la eternidad. Sufres de la razón. Y no sabes lo que quieres. Y ahora, ahora quieres ir al sepulcro del Caballero de la Locura y deshacerte allí en lágrimas, consumirte en fiebre, morir de sed de océanos, de hambre de universos, de morriña de eternidad.

Ponte en marcha, solo. Todos los demás solitarios irán a tu lado, aunque no los veas. Cada cual creará

ir solo, pero formaréis batallón sagrado, el batallón de la santa e inacabable cruzada.

Tú no sabes bien, mi buen amigo, cómo los solitarios todos, sin conocerse, sin mirarse a las caras, sin saber los unos los nombres de los otros, caminan juntos y prestándose mutua ayuda. Los otros hablan unos de otros, se dan las manos, se felicitan mutuamente, se bombean y se denigran, murmuran entre sí y va cada cual por su lado. Y huyen del sepulcro.

Tú no perteneces al cotarro, sino al batallón de los libres cruzados. ¿Por qué te asomas a las tapias del cotarro a oír lo que en él se cacarea? ¡No, amigo mío, no! Cuando pases junto a un cotarro tápate los oídos, lanza tu palabra y sigue adelante, camino del sepulcro. Y que en esa palabra vibre toda tu sed, toda tu hambre, toda tu morriña, todo tu amor.

Si quieres vivir de ellos, vive para ellos. Pero entonces, mi pobre amigo, te habrás muerto.

Me acuerdo de aquella dolorosa carta que escribiste cuando estabas a punto de sucumbir, de derogar, de entrar en la cofradía. Vi entonces cómo te pesaba tu soledad, esa soledad que debe ser tu consuelo y tu fortaleza.

Llegaste a lo más terrible, a lo más desolador; llegaste al borde del precipicio de tu perdición; llegaste a dudar de tu soledad, llegaste a creerte en compañía. «¿No será—me decías—una mera cavilación, un fruto de soberbia, de petulancia, tal vez de locura, esto de creerme solo? Porque yo, cuando me sereno, me veo acompañado, y recibo cordiales apretones de manos, voces de aliento, palabras de simpatía, todo género de

muestras de no encontrarme solo, ni mucho menos». Y por aquí seguías. Y te vi engañado y perdido, te vi huyendo del sepulcro.

No, no te engañas en los accesos de tu fiebre, en las agonías de tu sed, en las congojas de tu hambre; estás solo, enteramente solo. No sólo son mordiscos los mordiscos que como tales sientes, los son también los que como besos. Te silban los que aplauden, te quieren detener en tu marcha al sepulcro los que te gritan adelante! Tápatate los oídos. Y ante todo cúrate de una afección terrible, que por mucho que te la sacudes vuelve a tí con terquedad de mosca. Cúrate de la afección de preocuparte cómo aparezcas a las demás. Cúdate sólo de cómo aparezcas ante Dios, cúdate de la idea que de tí Dios tenga.

Estás solo, mucho más solo de lo que te figuras, y aún así no estás sino en camino de la absoluta, de la completa, de la verdadera soledad. La absoluta, la completa, la verdadera soledad consiste en no estar ni aún consigo mismo. Y no estarás de veras completa y absolutamente solo hasta que no te despojes de tí mismo, al borde del sepulcro. ¡Santa soledad!



Todo esto dije a mi amigo, y él me contestó en una larga carta, llena de un furioso desaliento, estas palabras:

«Todo eso que me dices está muy bien, está bien, no está mal; pero ¿no te parece que en vez de ir a buscar el sepulcro de Don Quijote y rescatarlo de bachilleres,

curas, barberos, canónigos y duques debíamos ir a buscar el sepulcro de Dios y rescatarlo de creyentes e incrédulos, de ateos y deístas, que lo ocupan, y esperar allí, dando voces de suprema desesperación, derritiendo el corazón en lágrimas, a que Dios resucite y nos salve de la nada?».

(De *Vida de Don Quijote y Sancho*).

Algo sobre la crítica

No me gusta recoger las alusiones que se me dirigen ni protestar de los juicios que sobre mi labor se vierten. Los que escribimos para el público debemos ser sufridos. Pero como, por otra parte, tampoco me gusta someterme a rígidas normas de conducta, alguna vez quebranto el propósito de no comentar los comentarios que sobre mi obra se hagan. Y esta es una de las veces. La quebranto a propósito de una página que en el número 2 de la *Verdad*, revista mensual de arte, ciencia y crítica, que se publica en Santiago de Chile, me dedica el señor Ernesto Montenegro.

Chile es hoy, después de la Argentina, el pueblo americano en que con más y mejores amigos cuento; en cada correo me llegan expresiones de aliento y de simpatía. Es uno de los pueblos en que creo contar con más lectores, y dentro de su número tal vez con los más atentos y los más reflexivos. Claro está que no todos los que de allí me escriben aplauden sin reservas mi labor, sino que con frecuencia me oponen reparos y censuras de buena fe; así es y así debe ser.

Hace pocos años, muy pocos, mis relaciones epistolares con chilenos eran escasísimas; hoy son muchas. Y esto lo he logrado «con unas cuantas lanzadas del género crítico», como dice el señor Montenegro, con unos ensayos ásperos y duros, tal vez, despiadados, sobre las obras de dos escritores chilenos. «Entre nosotros — añade el señor Montenegro — es casi un hombre célebre y sólo por sus diatribas contra algunos de nuestros compatriotas célebres. Esto ha bastado para sustraer su nombre al silencio; ese respetuoso silencio en que se transmiten al oído un nombre de maestro sus admiradores, y hoy llevan el suyo de boca en boca con más curiosidad que cariño las gentes de camarilla literaria o le rebajan su prestigio los periódicos para vengar pasiones de banderías».

Esto es la pura verdad — debo declarar «con la modestia que me caracteriza» y empleando esta frase que he aprendido en Sarmiento, aquel noble y desinteresado egotista — y yo me tengo la culpa, si es que la hay, por haberme metido en corral ajeno. Y es que el ejercer la crítica a tanta distancia tiene el mal de que quien la ejerce ignora la actuación pública de los criticados, y los prestigios literarios suelen muchas veces no ser más que reflejos de prestigios de otro género.

Añade luego el señor Montenegro que hay quienes me estiman crítico rabioso porque desconocen mis obras. ¿Rabioso yo? Así Dios me perdone mis demás pecados, pero hombre más blando y más condescendiente dudo que lo haya.

«Para nosotros los que de veras le estimamos — sigue diciendo el señor Montenegro — no puede ser un mérito

más su campaña devastadora, que tanto parece complacer a los envidiosos y fracasados, y a esa casta especial que, no pudiendo hacer nada serio, vive para burlarse del trabajo ajeno».

Tengo que dar las gracias al señor Montenegro por esta noble declaración y declarar yo, por mi parte, que tampoco a mí me parece que me añade mérito esa que llama mi campaña devastadora y que lamento el que complazca envidias. No lo hice para eso.

Es, sin duda, una de las amarguras que acibaran el ánimo de cuantos combaten por la verdad y por la justicia y por la cultura el encontrarse con que se tergiversa el sentido de su labor. Las mezquinas pasiones de los hombres lo convierten todo en sustancias venenosas. Yo fui en cierta ocasión solemne de mi vida ruidosamente aplaudido por ciertas duras reconvenciones que dirigí a quienes más quiero, y lo triste fué que el espíritu que movió las más de aquellas manos a aplaudirme fué un espíritu contrario al que sacaba mis palabras de mi corazón a mi boca. Y algo así puede haberme pasado en Chile.

«También este Chile—agrega el señor Montenegro—tan maltratado en su patriotismo por el fogoso libertista, le da un buen contingente de adeptos. De los que comulgan en su ferviente idealismo somos nosotros». Lo creo, y creyéndolo espero de ellos la justicia de que me crean que es un interés real y vivo, que es una profunda simpatía hacia ese Chile que tanto se parece en espíritu a mi pueblo vasco, lo que me ha movido en más de una ocasión a fustigar la irreflexiva patriotía de algunos de sus hijos, como fustigo siempre que se

presenta coyuntura la patriotería ciega de mis paisanos.

Los escritores chilenos, cuyas obras he tratado de desmenuzar sin compasión alguna hacia el escritor—el hombre merece mis respetos—son de esos escritores que ponen en ridículo a su propio país. Y bueno es advertir que a los hijos de esas jóvenes naciones que prosperan en riqueza y en cultura y adoptan, desde luego, los mejores progresos de Europa, no les vendría mal en ciertas ocasiones una más discreta moderación de juicio al compararse con otros pueblos. La cultura es algo muy íntimo que no puede apreciarse tan sólo en un paseo por las calles de una ciudad y tal la hay que teniéndolas mal encachadas, llenas de baches y tal vez de fango, y careciendo de refinamientos, de comodidad y de policía, puede encerrar formas de espíritu de muy elevada y muy noble prosapia.

La patriotería—lo que los franceses llaman «chauvinisme»—es una especie de enfermedad del patriotismo, cuando no un remedio de éste, y en Chile, donde el patriotismo sano, el normal o si se quiere llamarle, forzando la metáfora, fisiológico, tiene tan hondas, fuertes y viejas raíces, es en uno de los países en donde menos debían consentir los patriotas que los patrioterros explayasen su manía.

En la ocasión solemne de mi vida a que antes me he referido, dije a mis paisanos que «gran poquedad de alma arguye tener que negar al prójimo para afirmarse», y esta mi sentencia de entonces, con lamentablemente harta frecuencia suelo tener ocasión de repetir. La repito siempre que algún patriotero cree necesario para exaltar a su patria, deprimir alguna o algunas

otras patrias; la repito siempre que me encuentro con patrioterías por exclusión, siendo así que el sano patriotismo es inclusivo. Ejemplo de éste tenemos en aquel soberano final del discurso de la bandera del gran Sarmiento, cuando llamaba a los pueblos todos de la tierra, empezando por los más afines, a constituir la futura República Argentina.

No; yo no he maltratado jamás a Chile en su patriotismo—esto sería, además de una mezquindad, una locura y una injusticia;—lo que sí he hecho, ha sido arremeter, en la medida de mis fuerzas, contra la patriotería de algún chileno, sobre todo cuando ésta iba, de rechazo, en desdoro, y rebajamiento de otros pueblos.

«Estos artículos que han venido a revolver la bilis de unos cuantos—sigue el señor Montenegro—más bien quisiéramos no conocerlos». Y yo más bien quisiera no haber tenido que escribirlos. Haber tenido que escribirlos, digo, porque al leer ciertas cosas no suelo poder resistir la tentación de arremeter contra ellas. ¿De qué me serviría predicar a los cuatro vientos el evangelio de don Quijote, si llegada la ocasión no me metiese en quijoterías por los mismos pasos porque él se metió? Encontrarse él con algo que le pareciese desmán o entuerto y arremeter, era todo uno.

«El autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, el admirable revelador del símbolo caballeresco, se basta para merecer toda nuestra admiración. Lo demás de su obra que ha llegado hasta nosotros lo es de pasiones momentáneas, y como ellas, pasa sin dejar rastro». Yo siento mucho, claro está, que fuera de mi *Vida de Don Quijote* no haya llegado a manos del señor Montene-

gro, cuyos son también esos dos párrafos, otra cosa que los frutos que en mí hayan podido dar pasiones momentáneas; pero espero que tanto él como aquellos de sus paisanos que como él sientan a mi respecto—honrándome con ello no poco,—habrán de comprender que quien predica el qui jotismo qui joticice.

¿Y por qué—me preguntarán acaso—has venido a dar precisamente contra dos escritores chilenos? Aparte de que más de una vez he tratado con igual dureza, si no en tan prolongado ataque, a otros escritores no chilenos, la pregunta tiene una fácil contestación. Heido a topar precisamente contra escritores chilenos, por la razón misma que suelo aquí combatir de preferencia los que creo defectos de mis 'paisanos, por interés. De otros, o no me entero, o si me entero me encojo de hombros.

Don Quijote salía por los caminos a busca de las aventuras que la aventura del azar le deparase, y jamás dejó una con el fin de reservarse para más altas empresas. Lo importante era la que de momento se le presentase. Hacía como Cristo, que yendo a levantar de su mortal desmayo a la hija de Jairo, se detenía con la hemorroidesa. No seleccionó el caballero sus empresas. Y no gusto yo de seleccionarlás.

Tal es la razón de que haya ido dejando el oficio de crítico, sin renunciar a la crítica por ello. Imponermela obligación de hacer crítica de éstas o las otras obras con regularidad, a plazos fijos, por vía de profesión, me parece algo así como si me impusiera la obligación de escribir un soneto o una oda cada Sábado. Eso me obliga a leer para criticar, y me gusta más bien criti-

car por haber leído, atento a aquella sutil, a la vez que profunda distinción establecida por Schopenhauer, entre los que piensan para escribir y los que escriben porque han pensado.

Esta razón por una parte, y por otra la de que una crítica suelta de una obra aislada, raza vez tiene valor permanente, me han ido apartando del oficio de crítico en que estuve a punto de caer, y hoy me reservo el ir leyendo las obras americanas que caen en mis manos, para hacer más adelante un trabajo de conjunto sobre la literatura contemporánea hispanoamericana, en que todas ellas sean examinadas en relación y colectividad, prestándose luz mutua y sirviendo cada una, según su respectivo mérito, de ejemplo de una tendencia o de un valor generales.

Pero esto no empece el que si alguna vez un libro americano me llama poderosamente la atención, o siquiera me sugiere consideraciones, rompa mi propósito y le dedique algunas cuartillas.

En los dos ataques de crítica agresiva, según el señor Montenegro la llama, que he dirigido a dos libros chilenos, fué que en ambos me tocaron en dos de mis puntos doloridos, en dos que estimo dos fatales errores de no pocos hispanoamericanos, y no sólo chilenos. Es el uno la fascinación que sobre ellos ejerce Paris, como si no hubiese otra cosa en el mundo y fuera el foco, no digo ya más esplendente, sino único, de civilización. Es manía que he combatido muchas veces, encontrando para ello fuerzas en la manía contraria de que acaso estoy aquejado. Pues no he de ocultar que padezco de cierto misoparisienismo, que reconociendo lo

mucho que todos debemos en el orden de la cultura a Francia, estimo que lo parisiense ha sido, en general, fatal para nosotros.

Y el otro error, y más que error injusticia, que estallaba en el otro libro a que embestí sin compasión, es el de creer que los pueblos llamados latinos son inferiores a los germánicos y anglosajones y están destinados a ser regidos por éstos. Es menester que acabemos con esa monserga de inferioridad y superioridad de razas, como si la hubiese genérica y permanente, y no fuera más bién que quien en un respecto, y quien hoy está encima estuvo ayer debajo y tal vez volverá a estarlo mañana para encumbrarse de nuevo al otro día. Acaso lo que hace a unos menos aptos para el tipo de civilización que hoy priva en el mundo, sea eso mismo lo que les haga más aptos para un tipo de civilización futura. Cuando se nos moteja a los españoles de africanos, suelo recordar que africanos fueron Tertuliano, San Cipriano y San Agustín, almas ardientes y vigorosas.

Los autores de esos libros a que tan sin compasión traté, me son, como escritores, indiferentes y sólo me sirvieron como casos de dos enfermedades generales. Ellos me servían para ejemplificar doctrina y a la vez como representantes de la patriotería irreflexiva. Si mis ataques les han dolido lo siento, porque no gozo en molestar a nadie; pero es el caso que las censuras en abstracto, al modo de los moralistas que tronaban contra los vicios, tienen poca eficacia. La cosa es triste, bien lo veo; pero una censura a un vicio apenas tiene valor sino especificándolo en un vicioso. Y lo mismo

sucede con los vicios intelectuales. Don Quijote pudo haber tronado en la plaza pública contra los amos que tratan mal a sus criados, pero prefirió socorrer al de Juan Haldudo, el Rico, y en todo hizo lo mismo. La campaña dreyfusista en Francia ha sido mucho más eficaz que habrían sido predicaciones sin base de aplicación individual.

Lo malo es cuando se ataca a uno por pasiones personales, por mala voluntad, por ganas de hacer reír a su costa o por mezquindad de espíritu o envidia, no tomándole como un mero caso de ejemplificación. Y he aquí por qué en las líneas que el señor Montenegro me dedica, tan benévolas, tan respetuosas y desde el punto de vista en que se coloca tan justas, sólo hay una cosa que me desplace y de la que he de protestar, y es lo de llamar a esas mis duras críticas «panfletos a lo Valbuena»: No; no quiero parecerme a Valbuena, ni quiero que mi crítica tenga nada de la suya. Yo podré ser duro, pero hago esfuerzos por no ser grosero y burdo, y sobre todo, nunca he buscado hacer reír a los papanatas con chocarrerías sacristanescas y a costa del prójimo. No; nunca me he inspirado en el bachiller Sansón Carrasco, patriarca de los Valbuenas, ni he hecho de mi incomprensión la medida de las cosas. Muchos serán mis efectos, pero el caer en crítico a lo Valbuena consideraría como una de las mayores desgracias que pudieran afligirme.

En todo lo demás debo confesar que estoy mucho más de acuerdo con el señor Montenegro de lo que pudieran creer los que me tengan por un crítico displaciente y rabioso.

(De *Contra esto y aquello*).

Notas y comentarios

Nuestro homenaje a Unamuno

Por no habernos llegado a tiempo, no aparecen en este número los anunciados trabajos de Luis D. Cruz Ocampo y Armando Donoso. Aparecerán en próximos números, así como los artículos del Maestro de Salamanca sobre escritores chilenos, a que se hace referencia en el trozo de *Contra esto y aquello*, titulado *Algo sobre la crítica*, que se reproduce en este número. Dichos artículos que hirieron el nunca desmetido patriotismo de nuestros «intelectuales» encierran grandes y profundas verdades que les dan oportunidad en todo momento.

Antología

Desde nuestro próximo número publicaremos en JUVENTUD un trozo selecto de un gran autor, de cualquier tiempo, y sin hacer distinción a su nacionalidad o actividad espiritual. Acompañaremos la selección con un buen estudio crítico y un buen retrato.

Lecturas

Nuestro colaborador Luis D. Cruz Ocampo (Licenciado Vidriera) nos ha prometido para JUVENTUD una serie de artículos, que contienen sus acotaciones al margen de sus lecturas de estudioso y de artista.

Las obras de Gómez Rojas

La Dirección de JUVENTUD estudia actualmente las obras dejadas por nuestro compañero Domingo Gómez Rojas, muerto en la Casa de Orates el 29 de Septiembre de 1920, después de dos meses de prisión injusta. En nuestro número de Septiembre publicaremos, junto con comentarios y estudios críticos, una selección de su obra.

Poemas de Joaquín Cifuentes Sepúlveda

Este doloroso e intenso poeta, que dice sus canciones en el horror de la Cárcel de Talca, prepara un nuevo volumen de poemas: *La Torre*. Será publicado en nuestras ediciones.

Como una lírica y fraternal palabra, el poeta Pablo Neruda ha escrito un *Manifiesto* en que habla a sus compañeros de este grande poeta desgraciado. Lo publicaremos en uno de nuestros próximos números.

“España”

Esta magnífica revista que era el exponente más digno de la avanzada del arte y del pensamiento español contemporáneo ha dejado de publicarse, deseamos que temporalmente. Sin otro detalle que la suspensión de su envío y los comentarios que hemos leído en otras revistas, no sabemos a qué causa obedece esta interrupción de esta revista que, indiscutiblemente, ha sido la mejor de las publicadas en castellano. Los últimos números de ESPAÑA pueden pedirse a nuestra administración.

“La Hora”

Dificultades económicas han interrumpido la publicación de esta revista que en Buenos Aires dirige Augusto Bunge. Junto con *Documentos del Progreso*, ese hermoso quincenario de difusión de las nuevas ideas, LA HORA hacía una gran labor que nunca agradeceremos bastante. Pueden solicitarse ejemplares en nuestra administración.

En el próximo número

En nuestro próximo número, además de un interesante sumario científico, literario y artístico, publicaremos los nuevos estatutos de la Federación de Estudiantes de Chile y la Memoria de la Presidencia 1920-21 del ex-presidente de la Federación, Alfredo Demaría.